

ZOO

Sebastián Novajas Cofré



Capítulo 1

ZOO

Sebastián Novajas

SIGNIFICA LO QUE SIGNIFICA

Candela leía el diario del domingo, revisaba los avisos de compra-ventas de propiedades. Recordó que hace un mes solo había una hoja y ahora eran tres. Le sorprendía como los bancos remataban como si nada las casas de toda la gente que no fue capaz de pagar el crédito. Se preguntaba si debía continuar con la búsqueda de un hogar propio. Se preguntaba si realmente era lo correcto en insistir tanto a su marido por tener su propia casa. Sabía mejor que todos que la relación de su marido con sus padres era tensa. Desde hace ya mucho tiempo. Orlando su padre siempre buscaba una excusa para discutir con su yerno, en cambio su madre Michelle, parecía compadecerlo. Candela no entendía cuál de las dos situaciones era peor. Sin necesidad que él le dijera algo se puso en marcha para buscar esa tan anhelada casa, lo hizo con vehemencia que ella nunca antes había sentido.

Salió a comprar otro diario a la esquina, no tenía muchas esperanzas de encontrar algo nuevo. Sus padres habían salido. Supuso que su padre había ido al estadio a ver a la Unión. Como ya no lo acompañaba hace años, no le quedó otra a su madre que tener que acompañarlo. Al momento de abrir la puerta en ese girar de la manilla, escuchó la llave ingresando en la cerradura. No la abrió, se alejó unos pasos hacia atrás. Era Gerardo, no la abriría porque a él le gustaba realizar todo el acto de abrir y luego cerrar. No le gustaba dejar a media nada. Y ella lo sabía muy bien, se esmeraba en todo, incluso a la hora de hacer el amor, nunca la dejaba a media y ella lo agradecía.

—Hola amor —dijo él—. ¿Sigues buscando casa?

—Si. Todavía —respondió ella—. Pero no he encontrado nada. Ahora iba a salir a comprar otro diario al negocio de la esquina.

—... Te acompaño.

—Te vez cansado, mejor me esperas.

—No te preocupes así aprovecho de dar una vuelta que hace mucho no lo hacemos ni siquiera a la esquina —dijo él.

La rejita hizo un sonido metálico indicando que estaba bien cerrada. En las esquinas compraron los diarios y una bebida para la comida. Al no estar los padres. Aprovecharon para tener un poco de intimidad. Con la parentela y el trabajo de ambos, no tenían mucho tiempo para compartir entre ellos. Dejaron los diarios sobre la mesa del comedor; sin pensarlo más se fueron corriendo hasta su pieza en el fondo del pasillo. Despertaron una hora después con el ruido de la puerta eran los padres de Candela, el padre venía refunfuñando su equipo había perdido, otra vez. La pareja se vistió con rapidez. No querían que entraran sin avisar y los vieran así. Gerardo se subió la cremallera y se ajustó el cinturón, Candela se colocó el sujetador y se puso una polera que tenía sobre una silla. Estaban un poco

exaltados el corazón les latía a mil. Tomaron una gran bocanada de aire para calmarse y salieron.

—Hola papá —dijo la hija.

—Hola hija... Hola yerno —dijo el padre.

—Hola suegro —dijo Gerardo.

Luego de eso el viejo se fue a la pieza a recostarse y encendió la televisión. Michelle se marchó al living a tejer. Candela no quiso preguntar sobre el resultado del partido. Era cosa de verla la cara a su padre y a su madre que le hacía un gesto con la cabeza para que omitiera referirse. Había pasado una hora desde que todos se encontraban bajo el mismo techo. Las mujeres colocaron la mesa. Gerardo estaba en el patio fumando un cigarrillo.

Guardaron silencio, la mayor parte del té. Se escuchaba el susurro de los sorbos de Orlando. Nadie decía nada respecto a eso a pesar de la molestia que generaba. Ya estaban acostumbrados a que el dueño de casa hiciera eso. Gerardo recordaba como esos gestos y otra cosas le molestaban, se mordía la lengua para no poner en una posición complicada a su mujer, además que esos malos ratos y pequeños roses que se daban esporádicamente se veían compensados con el cariño que su suegra le daba.

—¿Encontró casa hija?

—No papá, nada. Revise los diarios, pero no sale nada muy económico

—dijo la hija—. Esta carita la cosa. La vida.

—No tenga apuro, hija. Usted sabe que aquí nadie la ha puesto mala cara ¿o no? —dijo el padre.

—Claro que no papá, para nada —dijo la hija—. Esta difícil la cosa. Eso nomás.

—Siempre lo está hijita —dijo el padre—. Siempre.

—Lo sé. Lo sé —dijo ella.

Gerardo no quiso inmiscuirse en la conversación. Prefería evitar decir algo que su suegro se pudiera tomar como una afrenta. Una falta de respeto en su casa. Quería evitar cualquier pelea innecesaria. Luego de comer ayudó a su suegra a levantar la mesa mientras su hija lavaba los platos en la cocina y su suegro se marchaba nuevamente a ver tele a la pieza. El resto de la tarde lo pasaron cada uno por su cuenta él en el patio fumando otro cigarrillo, Candela en la pieza, y su suegra regando las plantas de la casa.

Gerardo puso las noticias esperaba ver los goles del fin de semana. Su mujer se cambiaba de ropa mientras le daba la espalda y luego se colocaba a buscar los diarios. Los dejó sobre las tapas de la cama. Seguía con querer una casa.

—¿Crees que vamos a encontrar algo? —dijo ella.

—Yo creo que sí —dijo él. No sonó con tanta convicción. Aun así su mujer al parecer no lo pesco mucho, estaba otra vez prestando atención a los clasificados.

—Mira aquí, creo que encontré algo. Está un poco caro —dijo ella—. Pero podríamos pagarlo, creo... No sé.

—Mmm... A ver pásame esa hoja —dijo él mientras leía el aviso.

—¿Y? —dijo ella.

—Mmm. Pero son setenta millones. Es demasiada plata —dijo él—. Ni con tu sueldo y el mío juntos nos daría para pagar.

—Está bien. Seguiré buscando entonces —dijo ella un poco desanimada. Pero su marido tenía razón. No podían. De todas formas podía seguir soñando.

Cada uno continuó en lo suyo. Para hacer más fácil la búsqueda. Candela sacó un estuche con lápices y cogió un destacador para ir marcando cada aviso clasificado que encontrara como una posible opción de compra. Primero descartó por precio, puso como tope sesenta millones. Más de la mitad quedaron fuera. Luego prosiguió por la cantidad de ambientes. Puso como tope dos habitaciones y un baño. En esta pasada descarto un tercio más.

Quedaron de buscar juntos una casa el próximo fin de semana. No quedaría más que esperar. De pasada el lunes por la mañana cuando iba de camino al trabajo, en el metro le regalaron un diario. Lo revisó por si en una de esas encontraba algo más con la búsqueda del día anterior prácticamente había descartado todo. Tampoco nada en este, salvo por una de las noticias que salía en un recuadro en una de las últimas hojas. Que hacía referencia a una posible «burbuja inmobiliaria», el artículo se refería a las posibles consecuencias que estallara la burbuja y que vería afectada principalmente a la gente que compraba por primera vez una propiedad y como consecuencia sería la pérdida de esta por el impago de los créditos hipotecarios y advertía además que con el masivo aumento del valor a toda propiedad nueva por sus respectivas reformas, dificultara aún la compra a partir del próximo año. Candela no parecía intimidarse por esta nueva información, no porque no la entendiera, no era una tonta. Sino porque su deseo de tener algo «propio» podía más que los miedos que provocaban los economistas a la gente común como ella. Enrollo el periódico y lo guardo en su cartera.

Gerardo estaba afuera fumando. Siempre llegaba antes que ella. Esa era la ventaja de trabajar cerca de la casa. Se saludaron con un fuerte beso y abrazo. Como siempre comieron todos juntos. Luego cada uno siguió haciendo lo suyo. Durante la noche. Esperó a que tuviera una ventanita de privacidad y salieron a hablar al antejardín con la excusa de fumar un cigarrillo. No quería que sus padres oyeran lo que hablaban. La ironía de no tener privacidad. Hablar en un lugar público para no ser oídos desde el interior.

—Encontré algo, creo que podríamos verlo —dijo ella.

—¿Qué cosa? —dijo él.

—Encontré un aviso en los clasificados del diario hoy en la mañana —dijo ella.

—¿Y? —dijo él sin prestarle mucha atención.

—... Pero péscame po —dijo ella.

—¡Ya! ¡Ya! Te voy a pescar amor, dime —dijo él.

—Revise el diario, otra vez —dijo ella—. Creo que encontré algo.

—¿Y qué tal?

—Se ve bien. No está muy cerca de aquí, está más tirado al centro. Hay que llamar —dijo ella—. Lo voy hacer mañana.

—A penas tengas noticias, me dices... Vamos a verlo —dijo él—. Si es esta semana que viene yo te puedo acompañar el viernes ese día tengo descanso.

—Bueno. Si no puedes otro día, será el viernes —dijo ella—. Hablare con mi jefe esta semana para que me dé permiso de salir antes ese día. Fueron a ver el departamento a la venta en el centro. Los recibió un anciano. Un viejo muy dije. Los saludo con jovialidad. Al parecer al hombre le recordó a su pasado ver a ese joven matrimonio. Los hizo pasar de inmediato a la propiedad estaba en un cuarto piso sin ascensor. Era un edificio antiguo del año ochenta. Al entrar lo encontraron demasiado espacioso. Sin embargo, la vista era buena daba a un parque y cerca también tenían un supermercado y otras tiendas. Para los dos una excelente ubicación. Pero existía un gran problema. Uno del porte de un buque el <<precio>>. Cuando le preguntaron el valor. Ochenta millones. Lo descartaron de inmediato. Omitieron decir el <<por qué>>, más que todo por cierta vergüenza a no tener la capacidad económica para poder comprar una casa como esa.

—Me sentí mal por no poder tener la plata suficiente para comprar una casa sin tener que pedir crédito —dijo ella.

—Lo sé. Lo sé —dijo él—. A mí también me molesta.

—¿Qué vamos hacer? —preguntó ella.

—Primero olvidarnos de este departamento. La verdad es que me gustó mucho, pero si no se puede; no se puede nomás —dijo él—. Veamos otras posibilidades. Por último puedo consultar en el trabajo para ver si alguien tiene algún dato para comprar algo bueno, bonito y barato. No hay que perder las esperanzas.

—Mmm. La esperanza. La esperanza. Es lo único que tiene la gente que no tiene plata como nosotros. Aferrarnos a eso es lo que hay —dijo ella un poco desanimada. Su marido la vio e intento subirle el ánimo con algo distinto.

—Vamos a comer algo rico. Ahora que lo pienso hace rato que no salimos los dos —dijo él sonriéndole—. Dime que sí no seas mala... Sé que me dirás que sí.

—...

—No te hagas de rogar. Te lo pido bonito si quieres —dijo él.

—Ya pídemelo bonito y te digo que sí, al tiro, ya —dijo ella.

Pasó un mes más sin tener resultados. Eso los exasperaba. Se metían cada vez más presión. Se aguantaban de discutir porque tampoco era un derecho que tuviera, por el simple hecho de no tener una casa propia. Siempre se verían interrumpidos por el resto de la familia. No hallaban la hora de marcharse. A Gerardo le urgía darle un hogar a su mujer, eran un matrimonio joven. Estando fuera de la casa recordó que hace mucho tiempo sin que ella se lo pidiera antes de casarse, cuando apenas llevaban unos meses juntos. Le había prometido que le compraría una casa. Revisaron el diario del día y encontraron una publicidad que los convenció de un condómino nuevo. Al otro lado la ciudad, era el único <<pero>>.

Tuvieron que esperar hasta la próxima semana. Hasta que Gerardo saliera con su día libre.

La foto del diario claramente incitaba a que fueran a verlo, aunque sea eso. Ya había picado el primer anzuelo. Las casas estaban en la periferia, era una zona que se estaba convirtiendo en residencial. Al bajarse de la micro. Quedaron frente a la oficina de ventas. El nombre no les decía nada, ni confianza ni desconfianza. Era algo neutro. Los atendió una mujer. Les dio la mano, y acto seguido sacó una serie de folletos con los cinco tipos de casas a la venta. Cada modelo con sus respectivos metros cuadrados y características propias. Luego les preguntó si querían ir a dar una vuelta y conocer el condómino. Candela y Gerardo aceptaron de inmediato. Además que notaban que la vendedora tenía unas ganas por vender a como dé lugar. Mientras caminaban le explicaba con una serie de gesto de sus brazos que se desparramaban en el aire.

Luego de dar la vuelta los llevó nuevamente al interior de la oficina. Les preguntó de qué manera tenían pensado financiar la venta. Ni siquiera les había preguntado si querían comprar. Se saltó toda esa parte con tal de poder asegurar unos clientes de eso dependía su sueldo. No les molestó la ansiedad de la mujer, les generaba cierta empatía. Entendían que ella andaba igual que ellos, trabajando de sol a sol para poder tener plata a fin de mes. Le contaron que buscaron durante mucho tiempo y que creían que esta era la oportunidad. También para subirle el ego a la vendedora; le comentaron que el paseo por el condómino los había convencido de comprar. Les sacó una sonrisa de orgullo y satisfacción. Continuaron con decirle que pagarían mediante un crédito bancario y que ya tenían el pie. Eso daba la certeza necesaria para garantizar la obtención de la casa. Por último le dijeron que les interesaba el modelo de casa de un piso, pero con dos habitaciones y un baño, una de cincuenta y cinco metros cuadrados. Dicho todo eso se despidieron y se fueron al paradero a esperar un autobús. Se dieron cuenta que uno de los principales problemas era la locomoción que no pasaba muy seguido. Lo otro era la distancia que les quedaba el centro y sus lugares de trabajo. Además de eso no había supermercados o tiendas cerca, tampoco hospitales. Sacaron cuentas y eran más los contras que los pros. Sin embargo, ya lo verían. Ahora tendrían que plantearse la idea de pedir un crédito y comprar un auto.

—¿Qué pasa amor? —preguntó él—. ¿No quieres entrar y darles buena nueva a tus padres?

—... No es eso. Es otra cosa y lo supe hace unos días —dijo ella.

—¿Qué cosa? —preguntó él.

—Estoy embarazada —dijo ella.

Esa era la señal para irse de la casa. Ya no tenía de que dudar. Significa lo que significa formar su propia familia. En su propia casa.

UNA PELÍCULA

Después de dar tantas vueltas. Eligió una película porno con un nombre impronunciable, pero en la imagen salían dos grandes tetas con los pezones de un oscuro que no parecía natural. Envidiables y demasiados falsos para ser originales. No le importaba. Una mujer sola como ella y

con un trabajo que le daba para comer y le provocaba cargo de conciencia. Necesitaba algo que la hiciera olvidar por un rato el trabajo que le tocaba a hacer en el banco.

La película estaba por comenzar. Agarró bien su cartera y se sentó en los asientos más cercanos al proyector. La sala estaba en penumbra. Observo a cinco personas. En la parte de adelante casi llegando a la pantalla un hombre de casi dos metros con el pelo corto y traje de un color que no podía distinguir. Tres hileras de asientos más atrás una pareja de no más de veinte y cinco años que miraba para todas partes, esperando no encontrarse a nadie conocido. Cuando la miraron corrió la vista para no incomodarlos. Dos hileras más atrás y más cerca de las salidas de emergencia se encontraba un hombre que podría ser su abuelo. Con la luz que entraba por la puerta entra abierta contemplo unas canas que brillaron en un destello. La última, una mujer de unos cuarenta años que estaba en la fila de adelante de ella, pero al otro extremo del viejo canoso. Toda esa gente no le parecía ser de la gente que venía a estos lugares. Tampoco ella, pero estaba ahí.

No sabía lo que estaba haciendo. Una amiga le dijo que veía porno para olvidarse de todos los errores que había cometido en la vida. Olvidarlos por un momento. Por ejemplo ponerle los cuernos a su marido. No entendía qué le pusiera los cuernos a un hombre tan bueno como Rodrigo, tampoco entendía que ver porno en una sala de cine del centro fuera la mejor solución contra todo tipo de problemas <<domésticos>>. La película aún no comenzaba. Jugaba con el boleto vendido por una mujer que tenía cara de pocos amigos y que tampoco le importaba quien entrara para cumplir sus fantasías. Esto último lo decía un cartelito colgado en la boletería: <<nuestra completa discreción>>.

Recordaba cada esquina, cada negocio, cada semáforo de camino al cine. No había casas. Solo edificios. Unos más viejos que otros. Prosiguió con la gente que se cruzó por la calle, tuvo menor suerte. Ninguno le provocaba nada familiar. Salvo por algunas caras que pudo reconocer de inmediato. Gente que había perdido sus casas. Y que de seguro, ahora vivían con algún familiar o amigo como un allegado. Ese tipo de rostros lo podía reconocer con facilidad. También reconoció un par de viejos verdes que les miraban el culo a las mujeres jóvenes sentándose en una banca. Antes de entrar había esperado cinco minutos, luego, retrocedió esperando que nadie la viera. Lo demás ya era historia. Bajó por la escalera y se perdió en el subsuelo. No vio a nadie que la conocía. El desánimo se estaba haciendo patente con la espera de la película. Se comenzó a sentir perseguida. Hace un rato estaba tranquila con la compañía de esos cinco desconocidos. Se asustó y se emocionó por hacer algo que se suponía le ayudaría, pero que ante los ojos de muchos otros era algo inadecuado. No entendía de qué manera esa película XXX, le ayudaría a sentirse mejor. Mientras esperaba y con la poca luz que tenía, comenzó a trabajar en algunas hipótesis sobre la gente que la acompañaba. Inicio por el hombre de la primera fila. Por su porte y pelo corto. Podía tratarse de un gerente que tenía una necesidad por suplir ciertos vacíos que su mujer no le daba. Con dos o tres hijos que le habían

destruido su privacidad. Tal vez venía todas las tardes de un martes y le decía a su familia que estaba en reuniones.

Corrió la vista hasta la pareja. Sin justificación alguna. Se pusieron de pie y salieron despacio. Con la edad se había equivocado, eran mucho más jóvenes de lo que pudo ver en principio. Sus rostros parecían más de culpa por hacer algo malo que por curiosidad. Se dio cuenta que trataban de buscar una referencia para pasar su primera noche juntos. Hacer las cosas que nadie le decía. No sabía si se irían a averiguarlo por su cuenta e improvisar por el camino. Quiso decirles que compraran condones en la farmacia que estaba en la esquina de la calle. Se retractó, ese pequeño instinto maternal fue retenido por no parecer una sapa.

El hombre canoso estaba tan quieto que en ningún momento se movió para mirar hacia atrás. No se ocurrió ninguna idea. Salvo la que la edad le decía. Que era de un hombre exiliado, solitario y retornado que solo le quedaba meterse en cuchitriles para olvidarse de los muertos que lo antecedieron y que nadie les dio justicia, menos una tumba como la gente. Podían ser uno, dos o tres amigos o hermanos que desaparecieron con la dictadura. Fusilados o torturados. Con sus últimos pensamientos esperando en una fila. Ese: <<listos, preparados, dispares>>. Sin nadie más su único consuelo era ver porno de actrices que nadie se esforzaba en averiguar sus nombres o carreras. Dejó de mirar la cabeza blanca del hombre. No quería tentar su suerte para que la viera espiándolo. Escuchó el sonido de la maquina rodar. La cinta girar en la prueba de funcionamiento le trajo recuerdos de infancia. De cuando iba al cine con su padre. El único gustito que se podían dar con el sueldo familiar. Corrió la vista hacia la mujer. Con la luz de la pantalla que acababa de encender, la pudo ver con mayor claridad. Demacrada, cansada, agotada. Y cualquier sinónimo que indicara esa falta de energía. Aguzo la vista, y se dio cuenta que no era un simple cansancio. Esa mujer cargaba con algo. Con la culpa por algo malo y venía como ella a intentar olvidarlo. Antes de poder razonar y darle una posible historia. La película comenzó.

No lograba excitarse con los gemidos de las mujeres, menos con los voluminosos penes con marcadas venas azules que corrían libres por el glande hasta la base. Tampoco lograba quitarse lo que acababa de hacer y menos las consecuencias que daban vuelta en su cabeza. La voz del hombre exigiéndole que gritara y que se lo metería hasta sacarlo por la garganta. Solo le causaron asco. No se movió. No era una mujer que dejara las cosas a medias. Si hacía algo lo terminaba y punto. Miró al techo esperando que terminara pronto la penetración. De golpe se cortó todo. Regresó la vista a la pantalla. Simplemente estaban cambiado de posición. Ahora la colocaba en cuatro sujetada a una mesa con unas rosas de plástico en el centro de esta. Tampoco le causo placer. Ver como ese pene semi encorvado con una erección que parecía sobrehumana la penetraba por detrás; ingresando a una oscuridad que le repugnaba. Mientras que la mujer de una piel blanca y un enorme culo soportaba estoicamente agarrándose como un koala de la mesa. Con esas imágenes le era imposible poder ver el rostro, además de su pelo teñido rubio. Y sucedió lo que tenía que suceder. Parecía un tubo de espuma que era

tapado y esta se desbordaba escapándose por las orillas. Algo que ella no creyó. Se puso de pie y antes que comenzaran los créditos. En la calle ya no había nadie. Tan sola. Tan culpable. Solo tenía claro una cosa. Que no volvería al banco.

UNA MAÑANA

Milagros Misa comía un desayuno insípido. Un cereal con leche que le sabía agrío. Revisó la fecha de caducidad y faltaban dos semanas para tener que botarlo a la basura. Milagros Misa un nombre que heredó de su madre y abuela respectivamente. El primero de su madre y el segundo de su abuela. Ella tuvo la mala suerte de ser la conexión para darle durabilidad a unos nombres que a final de cuenta era la única herencia verdadera que tenía. Su familia pensaba que sería una más de las mujeres que mantendría una ferviente fe; se equivocaron. Gracias a su padre un chileno que terminó exiliado como muchos otros; ayudó a sacarle ese peso de encima. Mañana se cumplía un año de su muerte. Le daba tristeza no tenerlo cerca, más de la que podía imaginar. Se sentía sola. Con la familia repartida por distintas latitudes. En un momento así necesitaba un abrazo de su padre. Necesitaba escuchar su voz ronca. Precisaba de ver las arruguitas que tenía en la sien y unas cuantas canas que le aparecían tímidamente en la corona de la cabeza.

En la puerta del refrigerador tenía un patito imantado con los colores de la bandera americana que le había regalado su ex: Jacob. Un gringo con un nombre que ella españolizó de inmediato por Jacobo. Nunca pareció molestarle. Al contrario le parecía adecuado que la que fue su pareja lo tradujera para sentirse parte de la sociedad. Ser un mexicano más. Lo conoció en el zócalo cuando se izaba la gigantesca bandera de México, pero su primera cita fue en la plaza Garibaldi, y el primer beso en esa misma plaza frente al monumento del Mariachi. Pero ahora era pasado hace más de un año que no sabía nada de él. Se preguntaba dónde estaría o si acaso regresó a Misuri con su familia y ella ahora convertida en un recuerdo de su estadía en un país pintoresco y violento. No se arrepentía de no haberse ido con él. No se imaginaba vivir en el país del norte. Recogió la mesa y colocó los platos en lavabo.

En la avenida Álvaro Obregón esperó la locomoción. Le gustaba el parque, siempre que quería relajarse iba a fumarse un cigarro ahí. Parecía que el tiempo se detenía en el D.F. que ni la violencia del narco podía alterar. Durante el trayecto revisó unos guiones de comerciales para chicles y toallas higiénicas. Los tiempos en que consiguió su mejor trabajo para pan Bimbo, ya era pasado. El osito con su gorrito de chef ya se había olvidado de ella. El guion era para un jabón artesanal de una empresa de Coyoacán. Algo nuevo que le daría la plata justa para pagar los gastos del mes. Guardó el guion y suspiró.

Habló por Skype con su hermana que estaba viviendo en España hace once meses con un sahariano que tuvo que salir corriendo del territorio ocupado por Marruecos. Dos inmigrantes en la península. Lo conoció por

la pantalla, se veía buena gente. Hablaron de las cuotas que faltaban para pagar el nicho de su padre. No lo pagaban hace casi un año y del cementerio avisaron que si no pagaban la deuda lo lanzarían a una fosa común. Estaba lejos porque no quería tener cerca todo lo que se relacionaba con su padre. Milagros era la valiente que prefirió quedarse en el D.F. y continuar su vida como pudiera. Cada conversación era precisa y corta. Se habían convertido en unas francotiradoras del dialogo. Siempre que terminaba de hablar con ella; no podía evitar pensar en la repartición de nombres. Su hermana tuvo la suerte de ser nombrada por su padre: Carla Patricia. Tampoco podía evitar pensar en ese gusto de la familia por los extranjeros comenzando por su madre.

Tocaba su llavero con la virgen de Guadalupe. La imagen incrustada en el trocito de madera barnizado le daba sosiego. Echada sobre su sillón rojo carmesí forrado en una especie piel angora. Era lo más exótico que tenía en la casa. Fue amor a primera vista, pasaba por el Parían y en una tienda de muebles antiguos que aún se mantenía en pie, y que a su vez fue el único edificio que se mantuvo de pie con el terremoto del 85. De esa compra ya habían pasado cuatro años.

Dos guiones más para comerciales de mala muerte y tenía pendiente responder la oferta sobre la redacción de una página porno; lo pagaban bien, ya pensaría en ello. Fue al Parque Mariscal Sucre, le traía sin cuidado los recuerdos del lugar. El Kiosko francés, le gustaba porque le daba una sensación de confortabilidad. Estaba lleno, sin embargo, halló un lugar bajo un pino azteca centenario. Pensó en llamar a su madre a Veracruz y preguntar por la abuela Misa; con sus más de noventa años era el tema familiar. Todos esperaban el momento culmine de su final acostada en una cama con frazadas tejidas por ella misma con los colores más chillones de todo México. La nostalgia aparecía con ímpetu. No quería estar sola. Extrañaba a todos, pero tampoco quería irse con su madre a Veracruz a cuidar a su abuela que estaba jugando los tiempos de descuentos. Estuvo tentada por ir a la Colonia Polanco, pero ese viaje al norte de la ciudad solo fue una idea que se llevó el viento. Prefirió pasar la tarde bajo el pino y soñar despierta.

Pasó por afuera del estadio Azteca. A falta de un hijo no le quedó más que ser ella la que acompañara a su padre al estadio. Iba por el solo acto de ver una pelota moviéndose en el campo de juego. Eso le ayudaba a sentirse más normal. Aunque sin asco después de cada partido en la casa frente a la televisión esperando las noticias le decía a Milagros que el futbol mexicano no tenía solución. Que era como ver jugar a unos pichangueros en una cancha de tierra de una población. Recordaba esos ojos marrones oscuros. Los de un hombre que añoraba lo que jamás volvería a tener.

Quedó una estela de aroma a maíz, porotos y carne de vacuno por el pasillo del edificio. Una amiga utilizo su cocina para celebrar el día de los

muertos. Milagros se comía unas enchiladas y se tomaba un mexcal para amenizar la espera de los demás invitados. El olor a campo invadía el departamento, la mezcla de tantos alimentos la llevaba de regreso a esos paseos a los campos cercanos a Morelia. Se trataba del fértil recuerdo del pasado que junto su hermana y su madre vagaban felices sin preocupaciones.

Terminó los guiones para cinco videos de animación. Podría vivir con más holgura los siguientes tres meses. Su abuela todavía seguía en las últimas. Llevaba así casi un semestre. Habló con su hermana. Le dijo que todo le iba de maravilla. Que ahora vivía en Valladolid. Que el calor de Córdoba ya la mataba y que la sierra española era terrible en verano. Milagro no le quiso decir que Valladolid era lo mismo solo que un poco más al norte. Prometió que la iría a ver en las próximas vacaciones. Olvidó contarle que el nicho ya estaba pagado.

Su amiga Matilde se casó. Fue sola al matrimonio. Aparecieron algunos pretendientes pasados a tequila. Los despachó a todos. Conoció a algunos chilenos que venían de Guadalajara. Por el acento no descubrieron que ella era hija de un chileno. Tampoco hizo un esfuerzo por hacerlo saber. Paso sin pena ni gloria entre los compatriotas de su padre. Con unas cuantas amigas se fue a un bar. El banquete hace una hora había terminado y los novios ya estarían celebrando la noche de boda. El cuadrito de la playa de Acapulco colgado cerca del baño de mujeres, lo contempló; fue en ese viaje con tan solo siete años que por primera vez conoció el mar. El pacífico. Metió los pies en esas aguas que de seguro a miles de kilómetros al sur, algún pariente suyo lo hacía y tal vez al mismo tiempo que ella. La arena se le metió entre los dedos. No le importó, era feliz en la playa. Su hermana se entretenía con un balde y una pala.

Se despertó temprano. Escuchó las campanadas de la iglesia cuatro cuadras al sur de su casa. Encendió el computador y compró un pasaje de avión. Decidió irse a Chile, no conocía a nadie. Además de algún pariente lejano con el que su padre hace mucho había perdido la comunicación y solo por fotos eran recordados. Por fotos que ya habían perdido todo su color a cambio de un amarillento que desanimaba verlas tan seguido.

ZOO

Los dos tigres se peleaban por un pedazo de carne roja, chorreante de sangre. El público estaba extasiado por ver a dos depredadores luchar por las limosnas que le daba el cuidador de peto verde fosfórense. Lanzó un segundo trozo, el tigre que se quedó sin nada se percató y fue de inmediato a agarrarlo en el aire con sus dos zarpas delanteras. Algunas personas no podían evitar aplaudir como si fuera un espectáculo de circo. Una especie de agradecimiento a los animales que solo querían comer. Raquel contemplaba el espectáculo. Con los brazos apoyados en la baranda que separaba a los animales de la gente. Un pozo lo suficientemente ancho y hondo para que cualquier animal como un tigre lo pensara dos veces antes de intentar saltar. Jugaba con el boleto veía el

precio. Un ojo de la cara. Resopló y luego reculó su pensamiento sobre el precio, vio que la plata se invertía en un segundo lanzamiento de comida para los tigres. Buscó la ficha de los tigres. Origen: Sumatra. Especie en peligro de extinción, etc.

Se tocó la frente, bajo su mano por las cejas y sintió unas gotitas de sudor vagando por su frente. Las sacó y se secó en el pantalón jeans corto. Los animales estaban por terminar su comida. La mayoría de la gente se había ido y solo quedaban unos niños intentando colgarse de la baranda. También se marchó. Viajar por ese cautiverio de animales que no conocían otro mundo le daba lastima. Cuando su padre la traía era la mayor felicidad que podía conocer a sus cuatro años.

Los rinocerontes blancos pacían. La parsimonia de sus hocicos masticando cada hebra de pastos a su alrededor, parecía que no tenían problemas con el mundo. Los observaba y se lamentaba que en poco tiempo desaparecerían. Que solo los zoológicos los mantendría con vida de forma artificial. Su padre le contó que eran los bomberos de la selva. Claro, que ese dato le causaba gracia. Se los trataba de imaginar apagando el fuego en medio de la sabana.

—Un folleto, señorita —dijo un guía—. Es de los espectáculos diarios.

—¿Espectáculos? —preguntó—. No sabía que hacían espectáculos.

—Sí, señorita —dijo—. Si lo revisa en media hora más hay uno con las focas.

—Gracias.

Guardó el folleto en uno de los bolsillos traseros y continuó su camino. El lugar estaba demasiado cambiado. Hace años que no venía. Le costó hacer memoria para recordar el lugar en que estaba cada animal de su infancia. Muchos habían sido cambiados de lugar otros como los reptiles mantenían en el mismo espacio. Se los saltó. Los terrarios llenos de serpientes le ponían la piel de gallina. Su trauma de ver como alimentaban con ratones gordos, blancos y largas colitas rosadas a las boas constrictoras. Le causo una serie de pesadillas durante mucho tiempo. La gente se agolpaba en la entrada para ver la última adquisición que era promocionada con un cartel: <<anaconda de cinco metros>>.

Cambio de dirección y se dirigió hacia el espacio de los monos.

En un carrito de comida al lado de la jaula del jaguar. El animal no se veía por ninguna parte. Algunos niños esperaban a que se viera, pero ni siquiera asomo la cola. En Brasil los había visto en el zoológico de San Paulo. Al que vio lo estaban preparando para reinsertarlo en la selva luego de curarlo de una herida en una pata. No podía olvidarlo porque los noticiarios estaban expectantes esperando su salida en dirección a la amazona.

—Es un animal nocturno —dijo el vendedor.

—Ah, ya —dijo ella.

—Puede ver a los pumas —dijo—. A esta hora ya están dando sus vueltas.

—Voy a verlos gracias —dijo ella—. Y un agua, por favor.

Los pumas podrían esperar. Continuo camino abajo. En el sector de los primates. Los primeros que vio fueron unos monos arañas con la fuerza de su cola bastaba para quedar sujetos a un troco y mecerse como

columpios. Esas aureolas blancas en sus ojos le causaban gracia. Parecían unos lentes poto de botellas. Los tres monos la seguían con la mirada. Concentrados. Esperando que la visita de ella trajera algo de comida. A ellos las prohibiciones les daban lo mismo.

Los mandriles a unos metros más allá en un foso tan hondo y con murallas lisas que hacían imposible que escalaran hasta llegar a la cima. Los quiso contar, pero solo llegó a 30, bastaba que se moviera uno de su posición para que le hiciera perder la cuenta. Conocía su reputación. Esos documentales del *animal planet*. Mostraban que eran seres muy violentos incluso con los suyos. De momento lo más agresivo que vio, fue que se estaban sacando las pulgas entre ellos y luego se las comían como si fueran un maní.

Los chimpancés estaban separados del público por una gran barrera de vidrio reforzado. Lo supo porque un niño preguntó a uno de los cuidadores y este le respondió que era porque eran muy buenos ladrones de bancos. A Raquel se le escapó una risa. Su padre nunca le dijo nada así. Le dijo que los chimpancés usaban cualquier cosa que les llegaba a las manos para lanzarlas como si fueran proyectiles. Esta vez no pasó nada digno de contar. Los animales estaban echados y unos cuantos vagaban por los troncos secos a en el centro de la jaula.

Recordó que también hubo un gorila de lomo plateado. No lo vio por ninguna parte, tenía esperanzas que fuera así. Pero la verdad es que cuando estuvo con su padre el imponente animal ya era viejo estaba viviendo con tiempo prestado que le daba el zoológico con los antibióticos y cirugías para aumentar esa longevidad que en la naturaleza sería imposible sin la intervención del hombre. Encontró una foto del gorila colgando en una garita del guardia. Le cayó una lágrima, se la secó y recordarlo tal cual lo conoció la primera vez que vino por primera vez. Los demás monos los vio a la rápido eran demasiadas especies y verlos a todos saltar de un lado a otro y esperar que le dieran algo ya no era una novedad. Salvo uno de una especie que desconocía su ficha de información no la encontró. Este le había quitado una araña de juguete a un niño y comenzó a hacerle burla con ella. El niño se largó a llorar y el padre le dijo que le compraría otra. No funciono seguía llorando.

En el camino, antes de llegar al acuario se encontró con unos de los espacios que ella quería ver. Además de los tigres. Los elefantes. Eran dos grandes africanos el macho y la hembra. Eso decía su ficha. Cuando vino por primera vez existía un elefante asiático. Aprendió a diferenciarlos por el tamaño de sus orejas así se lo enseñó su padre.

—Señorita. ¿Me ayuda? —preguntó una niña con dos colitas de color rubio sujetadas por coles negros.

—¿Ah? —dijo Raquel.

La ayudó y la levantó para que alcanzara a ver la ficha. La comenzó a leer. Se demoró un poco, pero la sostuvo hasta que completó la lectura. Más atrás apareció su madre con dos bebidas.

—Gracias por ayudar a mi hija —dijo. Se dio vuelta. Los elefantes bebían agua. Le gustaba ver ese movimiento con sus trompas. Tan ágil y elegante.

Vio la hora y el show de las focas había comenzado hace diez minutos, a decir verdad no le importaba mucho. De los animales eran los que menos apreció sentía por su tendencia a ser unos mercenarios y a venderse por un pedazo de pescado fresco y entretener a un monto de personas sin criterio por la naturaleza.

Por sus ojos pasaron sin pena ni gloria las jirafas, cebras e hipopótamos. Al pasar por sus jaulas lo único vio a los animales mover la mandíbula de un lado a otro. El hipopótamo tendido sobre un charco de agua no parecía tener la motivación suficiente para atraer al público. Abría y cerraba los ojos en secuencias lentas.

De todas las aves las únicas que le interesaba ver eran las águilas no les quitaban la vista a las palomas que rondaban el espacio exterior de su jaula cuatro aves que extendían sus alas en un simulacro. Raquel no les quitaba los ojos a ellas. Esas rapaces siempre vigilantes de cualquier movimiento que les diera la oportunidad de escapar y volar hasta perderse en el horizonte. Así lo imaginaba ella. Les tomó unas fotos con el celular. Una extendió las alas y aprovecho eso para obtener una imagen que podría subir a Facebook.

El sudor se le estaba pegando a la ropa y a la piel. Las axilas estaban mojadas e intentó no levantar los brazos hasta salir y dejar de estar rodeada de demasiada gente. Camino con normalidad viendo a todos los animales que se cruzaban.

No entendía porque la señalética hablaba del sector de los marsupiales (en plural) si lo único que tenían eran dos canguros que se movían lentamente impulsados por sus colas. Se quedó quieta observándolos. Echaba de menos verlos. Cuando vivió en Australia una familia de canguros se le metió al patio a tomar agua y comerse todo el pasto. Eran como perros.

—Son lindos y raros —dijo una señora—. Me gustan esas colas gruesas.

—Son peleadores —dijo Raquel—. Y en Australia andan en la calle como los quiltros.

—¿Ah, sí?

—Sí. Abren temporadas de caza para mantener a raya la población y no arrasasen con las plantaciones —dijo. La mujer no parecía muy a gusto con lo que acababa de escuchar. Tampoco le importaba mucho. Le dijo la verdad.

El zoológico cerraría en una hora más. El sol ya se estaba poniendo. Pensó que sería una buena oportunidad para ir hasta la jaula del jaguar. Se retractó tendría que regresar sobre sus pasos y sabía que si lo hacía se encontraría con el único lugar que ya había evitado del recorrido. Su psiquiatra le dijo que si quería mejorar debía completar el recorrido. Intento decir que lo podía hacer con otro zoológico. La mujer le explicó que no sacaba nada con auto engañarse. Si quería mejor su salud mental debía ser ese y no otro. Llegó a la jaula de los leones. Fue la última que conoció con su padre y el último lugar donde lo vieron.

TALLERES

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Ester.

—No lo sé mujer. Creo que la mitad —dijo Agustín.

—¿Cómo qué la mitad?

—Eso. Lo que te dije la mitad. Vamos por la altura de Concepción.

—Por qué no le preguntas al chófer mejor. Así sabes bien en que parte vamos.

—¡Ah! Mujer no molestes. Como me voy a parar a las tres de la mañana a molestar al conductor que no vez que es peligroso hacer eso.

—Pero si es solo una preguntita no creo que por eso pase algo.

—Por distracciones más chicas de los conductores ha muerto gente en la carretera. Quédate tranquila, es mejor así.

No estaba conforme con lo que le dijo su marido. Sin embargo, no podía negar que traía algo de razón. Hace años atrás en un viaje de la tercera edad, muy parecido al que hacían ellos. Un grupo de ancianos había fallecido en un trágico accidente de carretera cuando se dirigían al norte del país a conocer San Pedro en la segunda región. Y todo se debió y esto se comprobó con el pasar de los días, a que una de las mujeres que iba en el autobús, quería saber cuánto faltaba para llegar a su destino. Pero claro la esposa no le hizo caso y desobedeciendo al marido se puso de pie apenas este se quedó dormido y se dirigió a la cabina del conductor a preguntar cuanto faltaba y precisamente en esos segundos que el hombre giro la cabeza para mirarla, no pudo evitar la colisión frontal con un camión de transporte que venía desde Arica. Ester conocía bien el caso porque lo dieron como tres días seguido en las noticias por la gran conmoción que causo, ya que mato quince personas, a la mitad de los que iban en ese viaje de un solo paraguazo y esto sin contar a los heridos de gravedad que a duras penas sobrevivieron según se supo después. Se acomodó bien en su asiento mirando hacia la ventana.

Observaba por la ventana y vio un terminal con poca gente. Ester vio que la asistente y el organizador de viaje se habían despertado y bajado a comprar un café. A diferencia de otras veces no se quiso bajar. En vez de eso la dieron unas ganas de ir al baño, así que tuvo que pasar por encima de su marido para lograrlo. «Voy al baño. Ya vuelvo», dijo ella. Agustín le respondió con un gruñido a modo de que entendía y que quería continuar durmiendo. Volvió en el momento en que el bus se comenzaba a mover. Perdió la orientación una vez que salieron de la ciudad. Se quedaba atenta mirando por la ventana hasta ver la última luz de cada lugar por el que pasaban. Era unas de las formas que había hallado para evitar estresarse por la distancia y duración del viaje.

Quería saber si estaban en la carretera Austral o en la Panamericana, pero no podía saberlo porque era tal la oscuridad de la ruta sur, que con suerte podía ver las hileras de árboles que hacían de vallas naturales en la carretera. «Ahora sí que perdí la cuenta de cuantos árboles llevaba. La oscuridad esta vez es demasiado densa», pensó Ester. La verdad es que desde muy niña le temía a la oscuridad la habían criado bajo el yugo de los duendes, fantasmas y viejo del saco. Por eso prefería mil veces dormir con las luces encendidas y si eso no se podía. Le bastaba con dormir en compañía, por suerte llevaba con su marido cincuenta años juntos, así la oscuridad nunca le afecto en mayor medida. Solo esperaba que su marido

durara lo suficiente no quería enviudar para luego tener que tratar de nuevo con el velo nocturno.

Observó a su marido que seguía durmiendo como si nada. A pata suelta. Ni se inmutaba por el ondulante movimiento y menos aún por el ruido del motor del bus, en realidad nadie, todos dormían salvo ella. Tenía tapones para los oídos, tenía todo lo necesario para poder dormir de la mejor manera posible en el lugar que estuviera, sin embargo, no lo logró. Incluso llegó a creer que esto se debía a que su cuerpo cada vez necesitaba dormir menos. Luego se retractaba de aquellas ideas poco comunes y sin base científica. A fin de cuentas la respuesta era mucho más sencilla que esa no podía tener un buen descanso en los viajes largos porque se «estresaba». Una vez que ya no pudo ver ningún árbol por la falta de luz del exterior y por el empañamiento de la ventana a causa del frío. Hizo el esfuerzo por descansar. No le quedaba de otra, una vez que llegaran a su destino, estaría todo el día en actividades de la tercera edad. Y como ella había sido la de la idea de conocer el sur; no podía salirle a su marido con que tenía sueño y que se quedaría a dormir en el hotel. Antes de intentar dormir nuevamente pensó en una sola cosa: «Esta es la última vez que tomó un taller que implique viajar lejos. Es la última vez. Lo juro».

CALIBRE

Se coloca la Beretta 92 bajo la chaqueta Columbia, revisa el cartucho de calibre 9 mm, todo bien. En perfectas condiciones, era lo único. Su vida ya era otra cosa con su mujer mal herida y perseguidos como presas de una jauría de perros. El sudor le corría por la sien derecha, se lo secó con la mano mientras mantenía con firmeza el arma, no sabía cuánto se demorarían en llegar. Mantenía la mirada en una pequeña apertura de los trozo de la cortina que se mantenía colgada con el cañón sobre el alfeizar. El segundo piso le daba una buena visión, pero no la suficiente de todos los ángulos posibles.

No vacilaría en disparar a cualquiera que subiera por esa escalera de madera mohosa y crujiente por la edad. Si entraba alguien lo llenaría de plomo, eso estaba garantizado. Si estuviera solo no le importaría llevarse al que se cruzara por delante y morir en su ley. Morir bajo el fuego, pero no, no estaba solo. No podía razonar como un animal acorralado.

Nunca pensó que esto cada vez se parecía más a *Plata quemada*, y no terminaba bien para ninguno de los protagonistas. Esperaba que el destino de ellos fuera distinto. Un libro no podía definir su destino, a pesar de ser un buen libro. Las horas pasaban, sacó la cuenta entre los muertos que dejaron, la huida y la llegada a esta casa abandonada en medio de un predio que no tenía puta idea de quien era. Habían pasado cinco horas. Cinco eternas horas de suplicio y violencia.

Ella tendida en la cama, el amor de vida herida de muerte, le quedaba poco tiempo y las sabanas ya escurrían parte de su sangre, desde la mañana que la herida del costado izquierdo de su ya pálido cuerpo. La sangre hace mucho rato coagulada y seca en su cuerpo y en el colchón. Su respiración cada vez se hacía más agitada, el ritmo lo alertaba sobre el pronto final de su mujer. Ambos lo sabían, ella, claro asumía con entereza

ese destino, en cambio, él se creaba falsas esperanzas y esperaba salvarla a como dé lugar.

Ella sujetaba en un costado una Glock 17 con el número de serie borrado. La vieja arma, la tenía desde mucho antes de conocerla. Ya venía con una larga historia y un extenso reguero de cadáveres a su haber, —incluidos los del día—. Era una extensión más de su brazo izquierdo la mantenía ladeada de costado y sujetaba con firmeza, cada respiración de su cuerpo ya extenuado por la noche anterior, la hacía presionarla para luego soltar y así sucesivamente, pero nunca levantando el arma. Al observarla sus ojos estaban cerrados, desde dónde estaba podía notar como sus parpados vibraban. Recordaba que cuando ella llegó, no se pudieron quitar los ojos de encima, —realmente fue amor a primera vista— a pesar que confraternizar con los compañeros estaba prohibido por el bienestar de la organización y cualquier violación a esa sagrada norma sería castigada con la muerte. Ahora vivían las consecuencias de eso.

Él se planteó resistir en el altillo de esa vieja casa, resistir hasta la muerte, pero su conciencia intervenía para no dejarla a su suerte, la amaba demasiado para que cuando llegaran la vieran herida de muerte en su último suspiro, y la remataran sin compasión. Por su cabeza se cruzaban varios planes y todos desencadenaban en un fracaso, por lo menos los que la incluían a ella. No la dejaría, era el amor de su vida, lo supo desde el primer momento en que la vio. —Ella no lo haría—. Llevarla al altillo y esperar que resistiera lo suficiente y que no muriera en el proceso de traslado. Algo raro pasaba a fuera, —no se movía nada— los pájaros y ningún otro animal se escuchaba hace un rato. Escucho ruido, pisadas, ya estaban acá.

Cada vez el olor se hacía más fuerte. Comenzó a sentir un calor intenso que se elevaba por debajo de sus pies, su instinto le hizo empuñar con más fuerza la Beretta 92. Era lo peor que podía pasar, no entrarían, el grupo no sacrificaría a más de los suyos por dos traidores, darles una muerte con fuego evitaría más bajas y así lo desarrollaron. Lo primero que se le vino a la mente fue que el monóxido de carbono los dejaría inconscientes y les daría una muerte piadosa como a Juana de Arco en la hoguera de los ingleses.

Se le nublo la vista con el humo que provenía del primer piso, la tos fue pasajera, se tapó la boca y regreso a la pieza. Ella lo miró con ternura y le dijo que parecían los Amantes de Teruel, pero con pistolas y con la diferencia que no esperaron cinco años para estar juntos, de los dos siempre fue la que tuvo el sentido del humor a pesar de ser una asesina, él se lo tomaba con más profesionalismo y nunca soltaba ninguna broma, sobre nada. Aun así le devolvió una sonrisa por esa talla.

No lo pensó más agarró a su mujer, en un susurro le dijo que la movería y que dolería, ella asintió con la cabeza y le sonrió sin mostrar su hermosa hilera blanca que parecía brillar cuando reía. Al levantarla ella pegó un quejido, fue lo único y salieron al pasillo, avanzó lo más rápido que pudo hasta la escalera que los llevaba al último refugio posible. La madera crujía bajo sus pies. Todo esto estaba podrido, no pensaba que podían caer y hasta ahí llegaría toda su historia. Una vez arriba la acomodó cerca

de la única ventana del lugar. Ella respiraba con más prisa, con urgencia. No le quedaba mucho. Le pidió que se acercara mientras trancaba la puerta con pedazos de tablas. Colocó el rostro cerca los labios de su mujer y le dijo algo casi inaudible los ojos se le pusieron vidriosos y no lo aceptaba. De pie otra vez buscaba cualquier cosa que los ayudara a salir de ahí, nada, lo único que quedaban eran las viejas vigas de madera. Al darse vuelta para ver cómo estaba; en ese momento ya no le quedo nada. Ella ya estaba muerta, y a pesar de eso mantenía con firmeza la Glock. Hasta después de muerta su mujer se mantenía. Las lágrimas le corrían, era un torrente que ya se mezclaba con el humo que iba entrando por debajo de la puerta de madera podrida. Le beso la frente, luego apoyo su mano derecha en su rostro y subió hasta tocarla nuevamente, pero esta vez con el pulgar, acto seguido, sujeto su cabeza por la nuca para ver su rostro mugriento y ensangrentado por última vez.

Le quitó el arma de la mano y se la guardo en la parte posterior del pantalón, pensar de forma asimétrica se le daba por naturaleza, le costó años salir de ese caos y ser más organizado en cada uno de sus movimientos a la hora de matar, y ahora regresaba en gloria y majestad luego de años ausente. El altillo era su último lugar de resistencia, pronto se quemaría toda la casa, y él moriría tragado por el fuego. Pensó en algo, pero el dolor, la adrenalina y la confusión por el humo no lo dejaban tomar una decisión.

No hay tiempo. No hay tiempo. No hay tiempo, se repetía. Todo el mundo se le vino encima.

Se acercó a la ventana y no veía a nadie, todos seguían en el frente, era su única ventaja, se giró y la miró por última vez, se grabó en las retinas a la mujer que amaba y se lanzó y cayó con el costado derecho. Su cuerpo se azotó en el tejado del segundo piso. La adrenalina lo ayudo a no sentir la verdadera consecuencia del golpe, dos costillas dañadas y la cadera trizada —había salido de peores, pero ahora estaba solo luchando contra los que fueron sus hermanos— y con la situación cada vez más compleja.

Miró al cielo, completamente despejado, cada estrella, cada constelación, pero la única que se sabía era la de las Tres Marías que solo se podía ver desde el hemisferio en donde estaban. No pudo hacerlo por mucho tiempo más, a su izquierda apareció uno de sus perseguidores con el arma desenfundada, no lo dudó y le disparó desde esa altura, murió de inmediato con un tiro bien colocado en el corazón, tenía un buen punto de tiro, pero también era presa fácil, como pudo bajo por un costado del tejado, sujetando como un mapache de la columna de madera, tuvo algo de suerte, la suficiente para no morir con un balazo por la espalda.

Gracias al fuego que devoraba todo, cubrió todo sonido de su escapada. Ya en el suelo, el fuego estaba llegando al altillo, no había tiempo para más lágrimas. Lo contempló por última vez con las lágrimas en los ojos. Corrió hasta perderse en la oscuridad del bosque.

CENTRO DE CONSERVACIÓN

Llevan unas instalaciones de Suecia un grupo de pájaros en peligro de extinción —los países nórdicos han sido los primeros en crear iniciativas

para salvar especies—. La especie se llama ave real de las amazonas. Distintos grupos han sido llevados a domos adaptados para ellos En Oslo, Helsinki, Reikiavik, Copenhague y Estocolmo. Hay otros lugares, pero el que interesa es Suecia porque son las últimas aves de la especie que fueron sacadas de su hábitat e ingresadas a su nuevo hogar para protegerlas de la deforestación.

Milena deja al diario al lado, la noticia sobre la llegada de unas nuevas aves y la última pareja rescatada, para salvarlas de un apocalipsis plumífero. Ella es la principal encargada del proyecto. Con fondos de la ONU y con fondos del FMI —este último a modo de limpiar su imagen ante un mundo que se va destruyendo—. Observa por la ventana de su cocina de su pequeño departamento que cubre con el sueldo que le pagan en una ONG de vida silvestre. Le gusta el barrio. O sea es un distrito, pero ella como buena chilena, tiene la palabra barrio pegada en la punta de la lengua. El distrito de Bromma a unos cuantos puentes del centro de la capital sueca. Hace media hora la había llamado Kerstin para avisarle que las aves habían pasado una buena noche y que en otros centros de la península la reproducción iba por buen puerto. Milena lo agradeció. Algo bueno. Después de la victoria de la ultra derecha y de la muerte de animales en el ex zoológico de Buenos Aires en Palermo y de la matanza de elefantes en Botsuana —todas aberraciones para ella—. Dejo el diario y se fue a bañar, antes de arrepentirse porque el frío de afuera a pesar de sus embates frustrados por la eficiente calefacción nórdica de cuadrantes habitacionales era excepcional. Antes de ducharse encendió el computador.

Se demoró poco con una toalla azul marino ceñida al cuerpo y la otra de color celestre sujeta a la cabeza. En el computador aparece que tiene una llamada por Skype. Es su madre. En Chile es de madrugada, haces memoria y calculas que deben ser entre la una y las dos de la mañana. Más o menos. Nunca fuiste buena con ese tipo de ajustes. No la hace esperar y conversar por unos minutos, mientras se termina de secar el pelo. Es solo para contarle que ya supo de la noticia de las aves y que ella es la encargada de su conservación —un orgullo para la toda la familia—. Se despiden. La madre siempre ha estado al pendiente de la carrera de Milena. De bióloga con especialidad en estudios sobre especies exóticas por la Universidad de Chile y Universidad Federal de Río de Janeiro a directora adjunta del centro de conservación e Estocolmo... Abre una nueva ventana y escribe YouTube. En el buscador escribe: Lenoart Cohen. Cohen satisface sus oídos, como sus ojos han sido satisfechos por sus libros. En resumen lo ama. Ama el arte y sobre todo ama el arte producido por la naturaleza.

El centro de conservación era imponente. Lejos de la costa de la ciudad en el distrito de Rinkebykista. Parecía más una instalación militar que un centro de conservación de especies. El domo de las aves reales de las amazonas se veía en una colina a lo lejos desde la entrada de ingreso. Un poco más abajo estaba el de Leopardos de las Nieves como los más grandes el resto eran más pequeños, pero no por eso menos importantes. En la entrada el guardia la saludo con el hielo respecto de ellos. Ya estaba

acostumbrada. Diez años entre vikingos la hicieron reducir su efusividad latina al ámbito privado... Estaciona el Tesla plateado. Coge su bata blanca y mochila con carpetas, y entra al primer edificio de color gris. Kerstin la espera fuera de su despacho en la tercera planta del edificio administrativo que el Estado sueco dono a la ONG. Su asistente espera que su jefa tome la palabra una vez que ambas están adentro. Se saludan con rapidez y casi sin mirarse.

Sobre el escritorio yace un ejemplar del diario *El País* que todas las semanas le consigue su compañero Iñigo un vasco, primero, luego español. Nunca olvido eso. A penas se conocieron siete años atrás él la corrigió de inmediato y con ese acento del gato con botas le quedo claro que debía tratarlo como vasco y no otra cosa. Su ayudante le entrega varias carpetas con informes sobre todas las aves y le da una explicación verbal sobre los nuevos inquilinos del centro. Kerstin la deja a solas y Milena comienza a revisar las diez carpetas con detenimiento.

Al salir pudo ver el domo en toda su extensión. En invierno se camuflaba con la nieve. La estructura dividida en cinco partes. Cuatro para habitas de especies —en el caso del domo que administra Milena; aves— y una quinta que viene siendo el centro de control directo. Controlando humedad, temperatura, niveles de luminosidad. Milena sabía que esto último era todo un desafío, mantener el equilibrio para darle a cada animal la sensación de estar en su ambiente natural. Antes de preguntar por las aves, reviso por enésima vez que todas las plantas propias de su lugar de origen estuvieran en el interior, no podía faltar ninguna. Un funcionario a cargo le confirmo que todo estaba listo y con eso se quedó tranquila.

Tenía ansiedad por verlas. La primera que se asomó fue la hembra de un color azul pálido y un gran pico negro ébano que terminaba en curva parecido al de los Guacamayos. Miró su reloj y llevaba quince minutos y hasta ahora solo la hembra volaba con cierta complacencia. En cambio el macho se mantenía en el nido. Se podía ver desde dónde estaba. Su plumaje azul oscuro. Ni siquiera un aleteo, solo un movimiento de acomodo sobre las ramas. No pierde la esperanza y espera otro poco. Sus ojos color avellana se posan sobre el ave, esperando su primer vuelo oficial dentro del domo. Puede darse ese lujo —no por ser la jefa—, puede porque como obsesiva del trabajo adelanta todo el que puede y eso como consecuencia le deja márgenes de tiempo.

Hasta que el macho se decide. La pareja vuela con libertad. Pero fue un espectáculo efímero. Aunque el macho se aburre antes, quiere pensarlo así porque sería una tristeza que fuera por un tema de depresión, sabe que las aves al ser sacadas de sus hábitats tienden a tener cuadros depresivos... Dos becarios se acercaron a ella: Anna y Claes. Llevaban dos meses en práctica provenientes de la Universidad de Ciencias Agrícola de Suecia. Buenos chicos y muy trabajadores. Le caían bien. Si bien, a pesar de su juventud no eran muy expresivos, pero le bastaba con la responsabilidad en sus labores. Dejó a las aves en paz, aunque estas ni se dieron por aludidas por su presencia. Debía continuar con la supervisión de las otras secciones.

Su día todavía no terminaba, y ya se sentía agotada. Otra vez en la oficina, esta vez estaba completamente sola. Tenía una nueva carpeta; la abrió, referida a la aprobación de la llegada de un grupo de cisnes de cuello negro de Valdivia. Endereza la espalda y busca en unos de los cajones del escritorio un post-it para marcarla como pendiente. Tiene que estudiar caso a caso. Suspira y mira al cielo falso de color crema de su oficina que a su vez le da la espalda una explanada de pasto. Todo parece tan apacible, a lo lejos escucha una enceradora, por la hora deduce que el conserje ya está por terminar la sección A de la tercera planta donde está ubicada. Dejó que el sonido de la maquina en un segundo plano. Observo unas cajas marrones con informes antiguos, quedó de revisarlos para buscar un posible proyecto de tesis, pero no fue capaz de meter las manos y comenzar. La pereza la invadía. Sin embargo, lo único que no menguaba era las imágenes sobre los nuevos visitantes. Se puso de pie y revisó un par de objetos de una estantería de madera color chocolate negro. Varias fotos de viajes. Uno a España a conocer el Lince ibérico, otra en Kenia en una reserva de rinocerontes negros. Así siguió mirando hasta que recordó que no todo estaba perdido en este mundo. Kerstin entró y la vio llorar. No entendía. Su jefa sentada en un sillón de cuero negro para las visitas. La miró desde la puerta y luego cerró y se marchó en silencio.

EL PUENTE

La tele y los diarios solo hablaban de muertes de gente casi todas a causa de accidentes, y otros que eran los menos eran los que morían por suicidio. Esto último no lo aceptaba no entendía como la gente era capaz de quitarse la vida. Rondaba mi casa sin ningún objetivo, llevaba varios días sin ir a trabajar, por suerte me los habían dado por mi luto. Me quedaban dos días, y todavía no sabía qué hacer, no era opción para mí ir de nuevo al cementerio, ya llevaba varios días en eso y con cada viaje en vez de sentirme mejor, la cosa iba para peor. Era como torturarme a lo sadomasoquista. Y ya no quería eso, mi madre tampoco lo hubiera querido.

Tenía que hacer algo. Tenía que salvar vidas. Decidí darme una vuelta e intentar descubrir a toda esa gente que quería morir, que necesitaba desesperadamente morir y que por eso mismo estaba peor que yo. Y si era posible intentar ayudarlas. Darles una mano. Pero fue en vano. Salí sin resultados, esperaba detectar gente con instinto suicida con solo verlas, pero estaba tan equivocada. Tenía demasiadas expectativas. Eran las nueve de la noche en punto y puse las noticias, lo primero que vi, fueron muertes, un hermano mataba con un hacha a su hermana, luego de emborracharse. Después apareció una red de pedofilia que fue desbaratada. Cambie de canal, no fue mejor, muere persona en un accidente de tránsito, después siguió con una sobre una bomba en el norte de Siria. La muerte era la reina de la tele, ya me tenía chata. Ya estaba a punto de apagarla, pero en vez de eso cambie a otro canal de noticias, esta vez se trataba de una mujer que estaba a punto de lanzarse desde un puente al norte de la ciudad, era una noticia en desarrollo. No pude evitar sentir eso como algo familiar. Escuche con atención la dirección, no era muy lejos. La apague. Di una vuelta por la casa

pensando en lo que estaría viviendo, que estaría padeciendo esa mujer. No lo dude y me coloque lo primero que pille.

Salí corriendo hasta la esquina de la calle e hice parar un taxi. Pero el taxi se demoraba mucho también, eran casi las diez y con el taco era casi imposible avanzar rápido, como nunca antes. Pero no me baje, tuve la paciencia hasta que me dejó a una cuadra del puente. Por suerte para mí seguía ahí. La tele con sus cámaras y micrófonos abundaban por una mujer a punto de morir sin compasión, me metí entre el tumulto. A puros empujones hasta llegar al frente.

—¡Atrás! ¡Atrás de la línea! —gritaba el policía.

—Déjeme hablar con ella —dije.

—¿Usted es familiar? —preguntó el policía.

—...

—¿Familiar? —preguntó otra vez el policía.

—¡Sí! Sí, sí. Familiar. Prima.

—Ya, pase. Pase. Vaya dónde están ese grupo de allá —dijo apuntando con su mano.

Pase por debajo de la huincha amarilla y luego me abroche la chaqueta hasta el cuello, hacía demasiado frío, botaba vapor por la boca. Me acerque hasta el grupo de policías que se encargaba del rescate. Vi a los bomberos cerca de la mujer, pero estaban quietos esperando una orden. Como podía cambiar todo. Una mujer que quizá cuantas veces clamo por ayuda y por algo de compañía y nadie la tomó en cuenta. Nadie la quiso escuchar. Y ahora pasaba esto.

—Soy familiar —dije antes que me preguntaran que hacía ahí—. Déjenme hablar con ella por favor.

—... ¿Hermana? —preguntó el policía—. Espere.

—Prima —dije, mientras el hombre se iba adonde el que parecía su superior. Hablaron y regresó al rato.

—Ya vaya, pero a nuestra orden —dijo—. Solo a nuestra orden.

—Si entendido —dije y me fui caminando con lentitud. La chaqueta me protegía del viento que comenzó a golpear con fuerza.

Me acerque con cuidado no quería que se asustara, pase entre medio de los bomberos y policías, mire todo a mi alrededor y en principio comencé a dudar, era una loca por estar ahí, y sobre todo por hacerme pasar por familiar de una completa desconocida para mí, pero ya estaba ahí, no había manera de dar pie atrás. Yo me metí en esto y ahora tenía que ponerle el pecho a las balas. Muy despacio. Ella se dio cuenta de mi presencia, era una mujer muy linda con un lindo pelito rubio y unos labios delgados, que junto a su tez blanca, parecía de esas modelos rusas. Por lo menos en algo nos parecíamos para así poder pasar por su prima. O sea solo en el pelo y la piel en nada más, pero era suficiente para pasar por la prima.

Me acerque sin esperar la orden y comencé a hablar <<Hola... Me puedo acercar, solo un poquito. No te quiero molestar... Me dejaron pasar para hablar contigo... Tienes que pensar en la gente que te quiere, que te ama. Siempre hay alguien esperando por todos nosotros en esta vida. ¡No te rindas! Escúchame no nos conocemos, pero no pude evitar verte, quería

demostrarte que hay cosas por las que vale la pena vivir>>, me detuve en mi verborrea, en ningún momento ella me dijo algo. Parecía tan absorta en el vacío. Tome un respiro, las dos lo necesitábamos. <<Tienes mucho por lo que vivir>>, le dije. Mi frase pareció no conmoverla, no se inmuto y siguió en su posición de querer dar fin a su vida. Me desesperaba, me angustiaba a no poder más por ser testigo de un destino que se cumpliría y yo impotente sin saber que más hacer. Solo me miraba de reojo mientras colgaba del puente, parecía que algo de lo que le dije escuchó, a pesar del viento que hacía que me costara más hablar con mi nivel de voz. Y de repente... Se lanzó sin más, no le interesaba escucharme, no le importaba nada. Había decidido tirar la toalla desde hace mucho. Solo escuche el golpe en el agua, eso fue todo, me cayó una lagrima y me corrí para atrás, la gente se abalanzo al borde del puente a ver, la policía y bomberos también, yo pase a un segundo plano, era mejor para mí, no sabía que decir cuando me preguntara la información personal de ella, de una mujer que ni siquiera había visto en mi vida.

EL DESTELLO DE SUS OJOS

Me mandaron a investigar un problema con los fusibles al patio de la casa. Llevábamos sin luz unos minutos. Me asome por la ventana. Corrí la cortina y con la luz de la linterna alumbre en dirección a la calle, no podía ver nada. La neblina cubría toda la cuadra, creo que toda la ciudad estaba en la misma, esto me recordó a esas películas de terror que comenzaban con una niebla que dominaba metro a metro de cada calle y casa de la ciudad. Mi mujer desde el segundo piso gritaba: <<Ya fuiste a ver la luz>>. No le quise responder. Suspire y me metí a la cocina, estaba demasiado frío, el albornoz no me protegía de las ráfagas que se colaban por las orillas de las ventana y por debajo de la puerta. La verdad es que no salí, me hice el huevón y di vueltas como un fantasma por la casa. Le grite a mi mujer avisando que saldría, me arme de valor y abrí la puerta y la cerré con fuerza para que se escuchase que salía. Esperaba que se la creyera porque era tanto el hielo que ni yo me atrevía a poner un pie afuera. Me quede dando vueltas por la cocina. Con la linterna busque en los muebles una taza y una bolsita de té, luego seguí por buscar los fósforos y encendí la cocina, el clima a esa hora me incentivo a tomarme una buena taza de té calentita. Busque el endulzante, el azúcar era como la esclavitud, en esta casa fue abolida hace mucho tiempo. Como si eso fuera poco busque unas velas por si la luz no llegaba, las encontré en un cajón del living. Luego me devolví a la cocina el agua ya estaba lista, me servir la taza y me senté en la mesa con la luz de una vela. Gracias a mi mujer que siempre compraba para ponérselas a la virgencita, si no fuera por ella hubiera andado como los huevones con la linterna. Estaba seguro que el problema era de la ciudad y no solo de la casa, era cosa de asomarse por una ventana y ver que todo estaba oscuro a no poder más, la luminaria no funcionaba. Seguramente algún transformador o la misma empresa de energía de la ciudad estaban con problemas. Me tome la taza con tranquilidad, luego encendí la linterna y apague la vela. La deje sobre la mesa y me fui a dormir, mañana sería otro día y de seguro todo estaría solucionado como tenía que ser. No podía hacer nada. Claro que a mi

mujer le diría que los revise, pero que no había nada malo que el problema era otro.

Al día siguiente me levante antes que mi mujer y me fui al baño a mojarme la cara. Encendí la luz o eso intente, porque no había corriente. Como sea me lave la cara, agradecía tener agua. En cuanto a la luz ya me diría mi mujer que le mentí y no revise los fusibles de afuera. Tampoco podía saber si las casas de los vecinos del condominio pasaban por lo mismo que nosotros, no me preocupe baje a darme una vuelta y esta vez, salí y revise la caja para salir de dudas, ponerme el parche antes de la herida, me asegure de revisar uno por uno y todos estaban en perfecto estado. Al entrar cerré con llave y encendí uno de los quemadores para poner la tetera. Al rato bajó mi mujer, venía con una cara de poto, ni siquiera se había sacado las lagañas, venía con una chasca que la hacía parecerse a medusa, más que a mi esposa o sea si la comparaba con la foto de matrimonio no había por donde perderse, claro que no dije nada, cualquier comentario podía ser usado en mi contra y sobre todo si no quería acabar durmiendo en el sillón.

Desayunamos, luego me puse de pie y fui a refrigerador, para nuestra suerte estaba repleto, pero el problema era que la mitad de esa comida no sobreviviría más de un día o dos. Lo primero en perecer sería el helado; lo saque y me comí lo que quedaba. Con la carne, la iba a sacar para ver que hacer, pero la Cata con un determinante <<no te metas, yo voy a ver qué hago con la carne>> me detuvo. No la iba a cuestionar. Así que me fui de la cocina sin decir más. En living lo primero que hice fue asomarme por el ventanal no vi a nadie. Luego subí a ponerme un pantalón y una chaqueta para salir a darme una vuelta, por el ante jardín e ir a comprar el diario. Mi mujer se quedó en la cocina terminando el desayuno, siempre fue más lenta que yo para comer, pero a eso ya estaba acostumbrado. Una vez en la calle me dirigí al quiosco que estaba en la esquina, pero estaba cerrado, no me extraño a pesar que los sábados siempre estaba abierto desde temprano, cualquiera podía tener un mal día y no trabajar. No conforme con eso me fui caminando hasta el supermercado cercano, me detuve en el cruce del tren, por costumbre más que por seguridad, hasta ese momento para mí lo único extraño era la falta de luz, ya iban un par de horas y no se sabía nada sobre su posible regreso. Una vez fuera del supermercado no vi a nadie. Hubiera sido un absoluto silencio, sino fuera por el viento que le dio algo de vida a ese entorno desolado. Pensé que esto era como de *walking dead*, realmente no se veía a nadie y en cualquier momento me aparecería un zombi por la espalda. Di un par de vueltas por el centro. Ni siquiera vi un paco o a los bomberos, nada. Los servicios de emergencia destacaban por su ausencia. Creo que a lo lejos escuche el sonido de unas balizas, pero no me calenté la cabeza con confirmarlo.

Al regresar a la casa me fije que ningún semáforo funcionaba. Al entrar note que mi mujer estaba preocupada, porque la electricidad no volvía y no había manera de saber que había pasado. Después de contarle sobre lo que vi en mí viaje al supermercado. Lo único que pudimos deducir fue que esto abarcaba a toda la ciudad y no solo a un barrio o al condominio como

el nuestro. La ayude con algunas cosas en la casa, como salvar la carne, como era imposible cocinarla toda y aunque se pudiera no podríamos comerla en su totalidad. Se me ocurrió la idea de salarla como se hacía en la antigüedad. Después de almorzar la Cata salió por unos instantes cruzó al frente, para ver si averiguaba alguna cosa con los vecinos. Yo sabía que no podría conseguir nada, todos estábamos en la misma, pero la dejé hacerlo, no me iba a calentar la cabeza por eso, además sin tele, sin internet que otra cosa se podía hacer.

Me senté en el comedor y comencé a leer un diario de ayer de eso que dan en el metro, era la información más reciente que podía conseguir en aquel momento, lo leí y lo dejé a un costado de la mesa. Me fui a la ventana del living y vi como la Cata conversaba con una vecina como si no pasara nada, mientras que algunos niños jugaban en la calle, ellos no sabían lo que pasaba ni lo que se venía. Pero yo presentía lo que se vendría. Tenía claro que era cuestión de tiempo para que se comenzara a propagar el caos por todas partes. Por ahora solo los hospitales y demás centros de emergencia tenían energía gracias a sus generadores unos que no durarían toda la vida, estaba más que claro en eso. Digamos que era el sexto sentido de un hombre viejo. A su vuelta la ayude con el resto de la comida que se podía salvar, haciendo algún artilugio para preservarla por algún tiempo más, lo único que nos ayudaba en algo era el clima, pleno invierno. No podía evitar darme cuenta de la cara de la Cata por la incertidumbre de llevar más de doce horas sin energía. Antes que oscureciera buscamos todos los fósforos y velas posibles para poder alumbrar, decidimos usar una por noche si es que esto duraba por más tiempo. Ante de irnos a dormir me asome una última vez por la ventana del living, quería ver cómo se las arreglaban mis vecinos en la oscuridad, para mi sorpresa todas las casas tenía una pequeña luz que salía de sus ventanas. Ya fueran velas o linternas. Cerré la cortina y revise todas las ventanas y puertas; a estas últimas les coloqué una silla para trancarlas, luego pase a la cocina y vi los basureros llenos de comida que no podríamos comer y que se perdería. El resto estaba guardado en táper, por lo menos tendríamos comida por unos días. Sin nada más que hacer subí a la pieza; mi mujer ya estaba en la cama con una vela que alumbraba mientras leía, no hablamos. Me acosté en silencio y me acomodé para intentar dormir que a pesar de la hora aún era temprano, demasiado para mi gusto. Me di la vuelta en dirección hacia ella y lo último que vi antes de dormirme fue el destello de sus ojos. Un destello de esperanza; de que regresaría la luz en cualquier momento, no quise arruinarle su momento, pero yo presentía todo lo contrario y mañana seguiríamos igual o peor.

VERDE SALVAJE

Jugaba con la cadena de plata del cuello. La movía de lado a lado sin cesar mientras caminaba por unas calles que parecían abandonarla con cada paso que daba. Se sentía sola, desamparada, angustiada por un mundo que la veía crecer sin decir ninguna palabra de aliento. Ninguna palabra de reconocimiento a su esfuerzo y sobre todo para cargarlos con el peso y dolor que ella misma llevaba. Por eso se marchó de su familia, y

los dejó. Mariana se mandó a cambiar por una vida distinta, y mejor. Su marido ya no la volvería a ver. Pero no se culpaba por su acto, era mejor así, apenas pudo se buscó una casa en la costa, en algarrobos, desde su infancia que no pisaba esta tierra, le generaba una tremenda nostalgia. Se llenaba los pulmones con el aire de la vida y la libertad. Al meterlo a sus pulmones sentía que todo en su vida mejoraría y que la decisión que tomó si tenía vuelta como su destino ya irreversible. «Fue lo mejor para todos. Lo mejor para todos», se repetía siempre a modo de consuelo. Y más aún cuando se acercaba en el bus a su destino. Se lo repitió tantas veces durante el viaje que prácticamente se había convertido en su mantra. Llegó a una vieja casona que pudo arrendar por poca plata gracias a la temporada baja, y sobre todo porque cuando llamó le cayó en gracia a la dueña. La mujer apenas la vio al momento de entregarle las llaves, no pudo negar que era la arrendataria correcta. Se vieron y se agradaron, ambas se observaron por unas milésimas de segundos antes de entrar a la casa.

«Buenas tardes. Perdón por llegar un poco tarde», dijo Mariana. «No sé preocupe señorita. No se preocupe acabó de llegar», dijo la dueña. Le sonrió a modo de parecer más amigable. «Esta es la casa señorita o señora», dijo la dueña. «Señorita, está bien con señorita», dijo Mariana. «Como puede ver es igualita a la que vio por internet... Yo no sé mucho de esa cosa del internet, pero fueron mis nietos que la pusieron ahí y me dijeron que conseguiría rapidito un arriendo», dijo. «El internet siempre sirve», dijo.

Dieron un recorrido rápido por el primer piso, la dueña se excusó que no podía subir porque las articulaciones ya no le daban para hacer el esfuerzo de subir las escaleras. Algo entendible por su edad. Dieron una vuelta más por el patio y eso fue todo en la visita guiada. La vieja no le quiso preguntar el motivo del viaje, salvo por una indirecta, que Mariana captó de inmediato y le dijo que era escritora, cómo no, encajaba perfecto con su nueva vida, en una de esas lo hacía hasta realidad y se ponía a escribir sus memorias. Lo último que le dijo la señora que era muy fijona «tiene unos lindos ojos verdes. Es como un verde selvático. Un verde salvaje». Ese último comentario de la mujer le agrado por dos motivos, era la primera vez que lo escuchaba y por su originalidad. Le sonrió y le agradeció aquel comentario, después de eso acompañó hasta la calle a la mujer y le hizo compañía hasta que la vinieran a buscar. Le daba cierta sensación de lastima dejar a una señora de tan avanzada edad esperando afuera. Un auto se acercó y le tocó la bocina esa fue la señal, se despidieron y eso fue todo.

Recorrió toda la casa, le gustaba andar a su propio ritmo, era lo suficientemente grande para matar su primera hora en su nuevo hogar, una sin televisión, sin teléfono, menos aun con internet, mucho mejor para ella, quería estar completamente aislada del mundo. Era tal cual a las fotos que vio, aunque eso era lo de menos no iba con expectativas, pero le agradaba que no había sufrido un cuento del tío, una publicidad engañosa. Todo el lugar era de su agrado, cada ápice de madera, y su consecuente rechinar, era música para sus oídos.

Al rato salió a comprar al supermercado de la plaza, no le quedaba muy lejos así que no le complicaba caminar, amaba hacerlo, necesitaba hacerlo como un mecanismo vital, como una forma de aferrarse a su efímera vida, a su ya acabada vida, pero no por eso tiraría la toalla en su ocaso.

Mariana no era así, no se permitía rendirse de ese modo, qué clase de mujer hubiera sido, si se hubiese rendido mucho antes. Había poca gente en el supermercado, muy poca, pero eso era algo que le agradaba, ese vacío le daba una movilidad nunca antes había sentido en su vida, estaba conociendo la verdadera libertad de andar sin preocupaciones, sin inquietudes, olvidando todo los problemas, aunque fuera por unos segundos.

Dejó las bolsas, sobre la mesa de la cocina, ordeno lo que se iba echar a perder por falta de frío, y el resto ya vería qué hacer con eso. Sacó una cajetilla de su bolsillo y el encendedor recién comprando, fumo el primer cigarro en mucho tiempo en el patio, comenzó a toser, se le notaba la falta de práctica. Hace años que sus labios y pulmones no sentían el sabor a tabaco y nicotina. Pensó en bajar a la playa aún era temprano para disfrutar del atardecer. No le dio más vuelta al asunto. Se fue directo. «Podrán pensar que soy una mujer mezquina, pero fue la mejor decisión para todos», pensó recostada en la arena de la playa el canelo, el viento le daba en la chasquilla, el pelo le bailaba y ella sin poder hacer nada. Tampoco era un problema, tenía otros peores y de esos tampoco se preocupaba.

Lo días pasaban y su vida se repartía entre la antigua casona y la playa. Se fue a dar una vuelta por la costanera del pueblo, había poca gente no era temporada alta, y eso le facilitaba moverse con comodidad y sobre todo sin miedo a encontrarse con alguien que la reconociera, no tentaba a la suerte por eso salía a las últimas horas de la tarde a esas en que todo el mundo estaba metido en sus casas tomando once o la siesta antes de salir en la noche. Luego de caminar por la reciente remodelación de la costanera. Bajó a la playa y se sentó a ver todo el horizonte, se le cayó una lágrima cocodrilo al ver aquella postal, desde dónde estaba se veía el islote del pájaro niño, aguzo la vista para ver a los pingüinos, pero no tuvo resultados, la última vez que había venido a ver aquella postal fue con su padre y hermanas, pero de eso, mucho tiempo ya. Para su sorpresa el viento destacaba por su ausencia. Pegaba grandes bocanadas de aire marino, y con cada una que daba, el olor a mariscos y pescado le golpeaba la nariz, pero no le molestaba, para nada. Llevaba una hora sentada sin hacer nada y en completa calma, tan simple como eso, disfrutó del momento. Se echó sobre la arena con los brazos bajo la cabeza. «Doctor cuanto tiempo me queda. ¿Cuánto? Por favor dígame la verdad», despertó de aquella siesta poco reponedora en la cálida arena, con un poco de sudor frío en su nuca y con el pelo despeinado por el viento que comenzaba arreciar a esas horas de la tarde. De regresó a la casona, y sin ánimo de hacer nada más que echarse sobre el sillón del salón, de un gran salón del siglo XIX, completamente remodelado, cerró los ojos y por fin pudo descansar en mucho tiempo.

Llevaba un mes y el otoño hasta el momento había sido bastante compasivo con ella, ninguna novedad en el frente, todo parecía que marchaba en completa tranquilidad, no vio muchas hojas caer, habían demasiados molles, boldos, algarrobos, y peumos y ninguno botaba muchas. A ratos se asomaba a la ventana a ver cómo las nubes pasaban con plena tranquilidad, por lo general mantenía cerrada las cortinas del primer piso, prefería que no la vieran, pero para tener algo de luz natural abría las del segundo, hacer eso se había convertido en todo un hábito para asegurar su privacidad.

La calle en que vivía no era muy transitada, creía que se debía a la distancia que estaba de la playa y porque estaba en una subida, a pesar de eso veía más de alguna pareja de ancianos pasear por sus limpias veredas a la horas en que hacía más fresco, antes de ponerse el sol por completo... En algún momento pensó que iba a llegar a ese estado de la vida con su marido Javier, pero quedo en eso en otra ilusión truncada por el destino que le tocaba, pero era algo que también tenía más que asumido, esa paz le saca suspiros y agradecía eso.

Faltaba poco para que el invierno entrara en gloria y majestad. Mariana lo sabía lo sentía en el hueso de la clavícula, esa que se había quebrado años atrás jugando futbol. Se abrigó lo mejor que pudo, y esperó que el dolor pasase. Calentó agua en una vieja tetera, y se preparó un café, el calentador que había comprado le duró un mes y no quiso volver a gastar plata. No iba a gastar balas en pájaros que no se podrían comer. Hacía frío afuera, pero no le importaba, salió a fumarse un cigarro, le daba igual que produjera cáncer, ella ya tenía el propio y se iba a morir igual, tarde o temprano, más temprano, se aguantó el dolor del hueso, lo suficiente para dar largas caladas al cigarro. Aprovecho de pensar en lo que le faltaba en la cocina, y más aún pensó en esa idea descabellada de escribir un libro. En ese momento escuchó un escándalo calle abajo, se asomó hasta la puerta de la casa, pero no podía ver bien, salió, y pudo ver mejor, era un perro pequeño y otros tres que lo tenían acorralado contra una pared, miró a todas partes, pero nadie se acercó a ayudar, se veía completamente vacío. El pobre animalito estaba a punto de rendirse, y dejarse morder, nunca fue amiga de los animales, pero tampoco era una desalmada para dejarlo a su suerte, su conciencia no la dejaría dormir tranquila, no lo haría. Se abalanzo sobre los perros, al primero le llegó una patada directa en la panza que prácticamente lo hizo volar, al segundo intento morderla, pero pudo esquivarlo, como pudo agarro un palo de un antejardín y le pegó tan fuerte que lo mando a tierra de una, el perro como pudo de levanto y salió corriendo hasta perderse dos calles más abajo, el último parecía que iba a dar la pelea, pero vio que sus otros dos compañeros estaban derrotados y prefirió huir. El pequeño perro chivaba, no tenía que ser experta para darse cuenta que tenía unas heridas en una de sus patitas traseras y en el lomo, recordó que había un veterinario en el centro y como era mitad de semana y por la hora sacó la cuenta que todavía podía llevarlo, no lo dejaría tirado en el suelo, ahí a su suerte. Lo tomó entre sus brazos y lo llevo, el animalito no se opuso, sabía que ella era su única alternativa, no era necesario ser perro para no

darse cuenta de eso, de que necesitaba la ayuda. De camino al veterinario ya se había hecho la idea de tener que traérselo a su casa y darle un lugar para que se recuperase de sus heridas. Una hora adentro y con todo los remedios comprados que la veterinaria le dijo se lo llevó. Aún estaba con los efectos de la anestesia, se le notaba porque la lengua le colgaba fuera del hocico. Lo acomodó a un costado de la chimenea y lo colocó sobre unos cojines, dudaba que alguien le dijera algo, además la dueña no tenía por qué enterarse que un perro usaba sus finos almohadones.

Como no tenía comida para perros, tuvo que improvisar y cocinarle un pedazo de bistec, solo se lo hizo con sal y lo coció con agua, no sabía que darle al animal y entre menos cosas le echara a su comida sería mejor para que luego no le saliera con que lo había enfermado de la panza, era poco probable, pero no correría el riesgo, ya no quería volver a salir a la calle por otra emergencia. Le picó la carne en pequeños trozos y le metió los antibióticos entre los pedacitos, solo esperaba que animal se lo comiera, sino ya no sabría qué hacer. Improvisó un plato para el agua, y se los dejó al lado de su también cama improvisaba, subió al segundo piso a buscar una sábana o frazada o lo que fuera para abrigarlo. Una vez cumplida con su parte se fue a dormir, ya había sido demasiado por ella y eso que venía a descansar y no a cuidar mascotas.

<<Llevas un mes conmigo, y todavía no te pongo un nombre. No lo he hecho no porque no se me ocurra alguno, sino porque si lo hago me voy a encariñar contigo y no sé qué haría o mejor dicho tú sin mí>>, le dijo al perro. El pequeño perro con su mancha negra en el ojo izquierdo, parecía sonreírle, movía el rabo de lado a lado y ladraba. Las heridas parecían un recuerdo pasado, ya ni siquiera se le veían las cicatrices, el pelo las cubrió por completo. Algo bueno. Ahora tenía una compañía que nunca la preguntaría nada, y que a su vez iría con ella a la playa.

Fielmente bajaban día por medio y se quedaba por largas horas mirando el mar. Sin hacer otra cosa que esa. Entre esos tantos paseos le converso, le comento algo que tenía atragantado hace mucho tiempo. <<Oye perro, sabes que vine a este lugar dónde nadie me conoce a morir en soledad. Es lo que tú especie hace y tus primos los lobos hacen para no ser un lastre para la manada>>, le dijo mientras que el perro ladeaba la cabeza de un lado a otro a modo de no entender nada, luego le dio un ladrido corto y fuerte dándose a entender o eso creía Mariana, le hizo un cariño en la cabeza y siguió fumando. Se dio cuenta que cada vez se volvía un poco más grande, esperaba que fuera lo suficiente para sobrevivir por su cuenta, por primera vez en mucho tiempo tenía fe en algo, en que ese animal que rescato pudiera valérselas por sí mismo. Lo bueno es que no era un perro muy escandaloso, no le ladraba a nadie, y ella agradecía eso. El animal se puso a sus pies y se quedó dormido mientras ella seguía mirando al vacío y disfrutar del día, tan placido y tranquilo que se pasó tan lento. Se lo atribuía a la paz que estaba consiguiendo. <<No lo sabes, pero me ayudas a hacer más soportable mi soledad y la ausencia de mi familia y sobre todo mi enfermedad. Eres un buen chico. Un buen chico>>, pensó.

Era pleno invierno, y se sentía que el tiempo pasaba cada vez más lento, el perro que aún no tenía un nombre ya tenía como su lugar para descansar a un costado de la vieja estufa. Sentada sobre el sillón, mirando por la ventana y con un libro sobre sus piernas veía hacia afuera pasar el tiempo, pasar las nubes, pasar el viento, pasar a la poca gente de la cuadra. Pasar todo. El tiempo pasaba y se sentía tranquila, los dolores no la torturaban gracias al arsenal de pastillas que se había traído de la ciudad, y tomándolas poco a poco, racionándolo lo que más podía. En caso de emergencias tenía guardadas unas cuantas inyecciones de morfina. El perro sabía que algo malo pasaba su olfato se lo decía, pero lo que si podía detectar, comparado con lo que veía se contradecían, ella se mantenía estoica ante él. Eso lo confundía.

<<Sabes, esta ciudad tiene la piscina más grande del mundo, según el record güines>>, le dijo al perro aún sin nombre. El animal le prestaba toda la atención de mundo cuando ella le conversaba, era una conversación sin muchos fundamentos. <<¿Qué vas hacer cuándo me vaya? ¿Qué harás?>>, dijo. Le respondió con un ladrido seco y corto y con un ascendente movimiento de cola. <<Creo que tendrás que hacer lo mismo que mi familia... Aprender a vivir sin mí>>, dijo. El perro esta vez no respondió. Eso fue todo, cada uno siguió en silencio el resto del día. La primavera estaba por llegar y ya se veía los primeros turista que rondaban las playas durante los fines de semana, y el perro cada vez parecía más grande, su pelaje blanco con negro que lo hacía parecerse a una vaca, su lengua la babeaba por completo cuando la saludaba, eso le sacaba carcajadas, no entendía porque tanto cariño, si solo lo había ayudado y acogido por el tiempo que fuera necesario. Mariana no lo quería echar de la casa, esperaba que se fuera solito un día, un día cualquiera. Aunque sabía bien que por su cuenta no se iría. <<Podríamos ir esta vez, a la playa las cadenas, está pegada al centro, y la he evitado para no toparme con mucha gente, pero creo que ese el momento de darse una vueltecita>>, dijo ella. El animal movía su cola a modo de aprobación y un jadeo de emoción, cada oportunidad que tenía para salir la aprovechaba. Así había sido todo el otoño e invierno, con paseos más tempranos y más cercanos hasta que el clima mejorara.

Volvió a la playa el canelo, sabía que sería la última vez que lo haría. <<La muerte ya me va a llevar. Qué mejor que viendo los recuerdos de mi infancia. Solo me preocupa el perro. Ojalá que para la próxima tenga mejor olfato y elija alguien que no se vaya a morir tan pronto... Que no estire la pata... Todavía no pienso en un nombre. Cómo te podría llamar. Podría ser verde salvaje como mis ojos según la dueña de la casona. Además nadie se va enterar que te puse así, será un nombre que quedara entre nosotros. Me lo llevare a la tumba, aunque poco y nada le pega>>, pensó mientras miraba al sol ponerse en las pacificas aguas, y el perro le ponía su hocico sobre sus piernas y cerraba sus ojos.

TOKKA

Me culeaba a la mamá de ese niño todas las tardes, siempre que se iba a colegio, llegaba y cumplía con ese ritual. Incluso fui más temerario, al punto de culearmela mientras el niño veía tele en el living. Su madre no

se oponía a eso, todo con tal de no interrumpir el coito. De verdad que era una mujer con carencias, si no fuera porque tenía un trabajo normal, de esos con horarios bien definidos, pensaría que era puta.

No tenía reproches; me tiraba a una cuarentona (o casi cuarentona) y divorciada. El porqué de eso no lo tengo muy claro, o sea la razón más profunda, todavía no puedo verlo. Estaba como ella, solo, la verdad más que ella, porque ahora no tenía ni hijos. Ahora tenían a otro que le decían papá, en vez de a mí, preferiría que le dijeran tío o por el nombre de pila para hacerlo sentirse indiferente o insultado por no considerarlo familia propiamente tal.

Algo me pasaba que no quería que el niño pensara que yo venía a eso, bueno era así, quería que pensara que solo venía a conversar con su madre, aunque como parecía medio tonto, siempre concentrado en la tele o en algún libro, parecía que acostarme con su madre no le importaba. No era su asunto. Algo muy maduro para un niño que parece un tonto. Al final la conciencia no me dejaba tranquilo y cada vez que iba a su casa le traía algo, casi siempre libros para pintar, por recomendación de ella. Con eso solucionaba los cargos de mi cabeza por mancillarme a la madre sin culpas.

Saque la cuenta y llevábamos dos meses en esta cosa sin nombre. En este <<hacerse compañía>>. Eso, nos hacíamos compañía. Generalmente, esa compañía comenzaba cuando ella me llamaba por teléfono y con escuchar su sola respiración me decía que quería que nos acostáramos. Me demoraba lo justo y necesario cada vez antes de cruzar para no parece sospechoso ante mis vecinos del condominio y no parecer un necesitado ante ella.

Apareció el padre del niño, era un poco más alto que yo, se notaba que eran padre e hijo, iguales como dos gotas de aguas. Aquí nunca paso gato por liebre. Así que si se divorciaron no fue porque ella se haya metido con otro, tal vez él se buscó otra más joven, algo que suele pasar. O quizá fue el niño con esa forma de ser, que parece encerrado en sí mismo el responsable de la ruptura, como sea, no me importaba. Lo salude y antes que pensara cualquier cosa le dije que era el vecino del frente y que ya me iba porque mi mujer y mis hijos me estaban esperando.

Fue extraño, me fueron a buscar. Salimos los tres a dar una vuelta, en una especie de familia feliz. La verdad es que no era una mala mujer, nunca lo ha sido, solo que había sufrido mucho con su ex marido y eso la hacía verse, solo a ratos como una mujer indiferente y de poco tacto. A medida que caminábamos por la cuadra hasta llegar a la plazoleta le brillaban los ojos por su hijo, verlo caminar en el más absoluto silencio como una especie de pequeño robot. A medida que íbamos caminado nuestros brazos se rozaban y eso me ponía la piel de gallina y me provocaba a su vez una sensación agradable, de querer sentir una y otra vez como si fuera una montaña rusa. No sé si ella sentía lo mismo. Mantenía la vista al frente cuando sucedía sin alterarse.

Mi ex vino a dejar a las niñitas para irse con su pareja a culear tranquilos, era obvio, sino a qué, a cambio yo perdía toda posibilidad de hacerlo. Bueno, daba igual eran mis hijas y que clase de padre sería si no las veía aunque sea una vez al mes. Las niñas ya estaban grandes, cada vez me sorprendía con lo rápido que crecían. Pensé que sería un fin de semana tranquilo, sin sobresaltos, y apareció mi vecina. Venía con su hijo, la hice pasar y se las presente a las niñas, la encontraron linda y simpática, ella le devolvió el gesto con mucho cariño. Luego cambiaron su visión de campo hacía el niño, este se ocultó detrás de su madre. Aunque eso duró poco, mis hijas supieron derribar sus defensas y se lo llevaron a jugar al living.

No pensé que íbamos tan en serio, quería tener un hijo conmigo. Las ganas de culear otra vez desaparecieron de golpe, tal vez la acababa de preñar, siendo engañado por su traición a la hora de dejar de cuidarse. Bueno también de mi parte había cierta negligencia, apenas pude me la comencé a culear sin condón, cuando la confianza entre nosotros aumento, a cambio ella comenzó con las pastillas. O sea, entendí eso porque entre sus susurros y entre sus largos silencios. Entendí eso. Pude haberme ido de inmediato, pero no lo hice me quede acostado con ella y dormimos juntos. Nunca lo hacíamos, pero que más daba. Una vez que pasara no importaba.

El solo hecho de pensar en ser padre otra vez me provocaba una especie de pánico. Tener nuevas responsabilidades sobre mis hombros. Además, siendo honesto conmigo, no quería que el niño me saliera como este que estaba en el piso de abajo viendo la tele sin moverse, ese niño indiferente, sin amigos, solo todo el día. Un niño que no entendía las bromas, mucho menos la ironía, tomándose todo literal. Era un niño raro. A un niño así el bullying ya lo habría matado, pero ella me dijo que iba a un colegio especial por las mañanas, debe ser muy especial para poder tratar con él. Aunque en la madre también había algo raro, no un raro en el sentido malo, sino solo algo peculiar, era una mujer retraída por decir algo. Todavía no me explico cómo acabamos en la cama la primera vez, la única respuesta que tengo hasta el día de hoy, recae en ese impulso animal que ambos tuvimos en un mismo instante y que no pudimos reprimir porque fue como un volcán en erupción y pasó lo que pasó un día que nos tomamos un café en mi casa.

Regrese a la casa, y seguí pensando en lo que ella me pidió. Incluso si es que llegaba a querer otro hijo, perderíamos la magia de la clandestinidad, de acostarnos sin compromisos, ya no sería lo mismo. Nacería un niño, pero moriría ese deseo por ella, no sé... Me estoy complicando más de la cuenta. Ese hacernos compañía estaba tan bien como estaba.

Evitaba decir su nombre como ella el mío, fue un acuerdo antes de comenzar a culear, para evitar crear un apego entre nosotros para que todo funcionara bien y no comenzáramos a tratarnos como propiedad del

otro, para mí eso fue una maravilla. Poder hacerlo sin necesidad tener un vínculo afectivo, sino solo por estar un rato juntos y olvidarnos de todos nuestros problemas. Pero ahora, quería tener un hijo, y lo cambiaba todo eso, para qué quería otro, si ya con uno era más que suficiente, y que al parecer le salió medio tonto, y yo con dos niñas para que más, y eso que no las cuidaba yo, pero si terminaba destruido luego de un fin de semana con ellas. Lo mejor era tomar distancia por un tiempo. Hasta bajar los llamados de alerta o hasta dejarme de cuestionar todo.

Miraba por la ventana por si venía, desde que salió con la idea del hijo no he vuelto a ir, y de eso ya han pasado dos semanas, siento que vivo un suplicio al estar siempre vigilante cada vez que llego del trabajo, porque no sabía que responderle, tampoco me presionaría, lo sé. No era como el resto de las mujeres, era una <<peculiaridad>> entre todas, bastaba con ver su forma de ser. Lo mejor era dejar pasar más tiempo.

El cielo se estaba partiendo, los torrentes de agua que caían eran para grabarlos y subirlos a YouTube. Como corrían los ríos por las bermas. En ese momento la vi por el ventanal, venía hacia acá. Cruzaba y antes de llegar a mi puerta ya estaba completamente mojada, me quede frente a la puerta, la escuche como daba golpecitos que apenas se oían. Me cayó una gota de sudor. No esperé más y la hice pasar, su carita, sus ojos, eran lo más triste que yo podía recordar. Le pregunte por su hijo. Dijo que hace unos días se había ido con su hermana y sus primos a pasar las vacaciones. Le dije que me pasara el abrigo y que se sacara los zapatos el abrigo fue chorreando hasta el lavadero, los zapatos se quedaron en la entrada mojando la alfombrilla. Luego de todo eso nos quedamos en silencio, nos miramos por un momento, baje la vista, la subí y ella la bajó, así estuvimos unos segundos más. Ninguno de los dos quería comenzar a hablar. El corazón me latía con brutalidad, de seguro a ella también, pero ninguno de los dos demostraba el nerviosismo. Ya parecíamos dos jugadores en una partida de póker. Me acerque lo suficiente, seguía con la cabeza gacha, a medida que avanzaba sentía con más fuerza su respiración, sus suaves exhalaciones me inducían a tocarla a desearla. Cuando ya no podíamos estar más cerca que nariz con nariz, la tomé de la cintura, ella me agarró del cuello y quedamos en una posición que parecía que bailábamos una balada, nos comenzamos a mover al ritmo del sonido de la lluvia, como un péndulo. Entre susurros me preguntó si estaba enojado con ella, que si ya no quería que pasáramos las noches juntos. Eso me dejo helado, quede como una piedra. Hice lo único que se me ocurrió; la bese con firmeza y la lleve al segundo piso.

Todo era muy raro, ya no éramos dos seres que solo culeaban para no estar solos, sino que ahora éramos pareja y ahora hacíamos el amor, nos preocupábamos el uno por el otro. Incluso no podía evitar estar atento a lo que hacía el niño, cuidarlo. No pretendía ser su ejemplo a seguir, porque alguien como él dictaba mucho de ser como los demás niños, pero por lo menos pasaría algún tiempo juntos. También me preguntaba si

acaso el niño le importaba que de ahora en adelante sería su padrastro y que tendría un hermanito, puede que no le importara en nada, nunca antes le importo que me culeara a su madre en su propia casa, entonces porque le importaría ahora ser una familia.

Ya era navidad, mi mujer me demando por la pensión de alimentos, ese fue su regalito de navidad para cagarme toda la fiesta. De seguro que todavía pensaba que estaba solo y cagado de pena. Pero no tenía la más mínima idea que ahora estaba con otra mujer con la que tendría un hijo y que además era padrastro de otro. Se enteraría por mis hijas. La ayude a poner la mesa, todavía manteníamos eso de no tratarnos por el nombre, un viejo hábito que de seguro que con el tiempo desapareciera, sino daba igual. No era algo que me incomodara. Luego de la cena, el niño se quedó viendo tele, ella subió primero, yo quería compartir un poco más con él. Eso significaba quedarme a su lado en silencio sin decir nada. Y ver lo que él veía en el Nat Geo. Al final lo deje solo viendo una horda de renos correr.

NÓMADE

Mi mujer me dejó y yo deje a mis hijos. Una cosa por otra, y me largue a cualquier parte que no me recordara que alguna vez tuve una familia. No culpo a mis hijos, pobre por ellos, aunque no tanto mis ex suegros los cuidan ahora. Eso fue lo mejor, sigo repitiendo eso, una y otra vez hasta convertirlo en una verdad absoluta. Me pasa que estar solo, lejos de todo lo que forme, hace que ciertos vicios y pasiones florezcan, lo describiría como si fuera el desierto florido algo que pasa pocas veces, pero de una forma tan avasalladora que uno se queda sin habla. Podría hablar del pasado como todo el mundo lo hace en alguna historia que espera no publicar nunca, pero yo prefiero hablar de lo que encontré en ese viaje y en el pueblo de María Salvadora en el norte del país. Pueblo que elegí al azar con el único fin de perderme. En medio del desierto. Quien podría pensar que un hombre de ciudad como yo se vendría a meter a este infierno, nadie. Eso era bueno, porque ya nadie se armaría de ganas de buscarme. Tal vez, ni si quiera mis hijos cuando fueran grandes. Porque la verdad es que no tendría el valor para darles una explicación de porqué los deje sin más. No tenía idea de que hacer acá, no era minero, no tenía idea, además de saber que se saca cobre. Tenía una plata que saque de un fondo antes de desaparecer. Eso me alcanzaría para vivir bien un año sin problemas o para poner algún negocio. Nadie dijo que sería fácil, así que no puedo quejar.

Estaba en la habitación de su hotel, con la televisión apagada. Me recosté en la cama, era de madrugada y solo se escuchaba el rumor del viento y a unos cuantos ebrios gritando por el pasillo. El sueño pudo más y me quede dormido con la ropa puesta, encima de la cama.

Al día siguiente en la recepción, le pregunte a la vieja si tenía algún diario. Quería buscar alguna casa desocupada, y de pasada un trabajo para no gastar toda la plata. En principio no me oyó, subí el tono, y ahora parecía escucharme, porque verme con la mirada perdida como la tenía, dudo que me viera con claridad, sumado a eso la penumbra del lugar. <<¿Diario?>>,

pregunte. Con una cara de sorpresa me paso un viejo y amarillento papel de hace un mes. Sabía que si le pedía uno más nuevo, no escucharía o no entendería. Me tenía que conformar con este. Otra vez en la pieza, lo tendí sobre la cama y busque los clasificados, última hoja, no eran muchos. La venta de una camioneta del ochenta, dos trabajos como contratista en la mina, la venta de un pequeño departamento sobre un local de zapatos y el arriendo de dos casas en la periferia de la ciudad. Descarte la compra, antes de amarrarme a este lugar prefería conocerlo un poco más. Así que me quedaban los arriendos.

La primera casa era peor que una caja de fósforos, tipo callampa de los pitufos y cobraban un ojo de la cara por mes, a la dueña de la casa le dije que llamaría. Se veía ilusionada en que se la arrendara eso la delataba a pesar que me dijo que tenía varios otros interesados, algo que ni ella se creía.

La segunda no era más grande que la otra, está por lo menos tenía un jardincito de esos tipo Arizona, Albuquerque, con su cactus y rocas decorativas. Lo arrendaba una mujer más joven, era la hija de la dueña, que por problemas de salud no podía ni pararse de la cama. Así que ahora ella la cuidaba en su casa y para ganar unas lucas extra la arrendaban. La historia de muchos en realidad. Con enfermedades y pensiones que no alcanzan ni para tapar una muela. La mujer no era fea, no podía evitar ver que en medio de la pampa se podían encontrar algunas joyitas. Hice el trato de inmediato, fuimos a la notaria al día siguiente y me paso las llaves de la casa. Me dijo que cualquier cosa fuera a su casa que estaba a tres cuadras de aquí, bueno, todo quedaba cerca aquí.

Saque la cuenta llevaba exactamente un mes, un mes en que no sabía nada de nadie y tampoco movía un dedo para trabajar. No hacer nada me hacía feliz, después de estar varios años partiéndome el lomo por la familia y por producir. Por fin me sentía libre. Pasaba los días andando en calzoncillos por la casa y el patio. Dormía sobre la cama sin hacer y lavaba ropa tarde mal y nunca. Otra vez regresa la juventud al cuerpo. Aunque eso no significaba que no quisiera buscar un trabajo, tampoco quería pasar la vida de vago, pero quería algo livianito para comenzar, algo sin muchas responsabilidades.

Lo primero que conseguí fue de reponedor en el supermercado. Al ser un pueblo chico, no tenía que estar todos los días reponiendo, y la plata que me pagaban era suficiente para pagar arriendo y comprar la comida sin necesidad de volver a tocar mis ahorros.

Domingo por la noche y estaba poniendo unas ampolletas, ya lo había pospuesto toda la semana y a menos que quisiera seguir a oscuras otra semana más. Era un flojo de mierda ahora, y además de eso seguía siendo un mal padre. Por lo menos tenía la certeza que no me buscarían para pedirme pensión de alimentos con la plata que les deje era más que suficiente para vivieran bien el resto de sus vidas. Tocarón el timbre. No sé quién podía ser. Todavía no tenía ningún amigo, y lo más cercano a un conocido era una cajera que me tiraba los cagados y que yo me hacía el huevón.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—... Sí, si... Pase —dije.

—¿Cómo le ha ido con la casa? —preguntó—. ¿Ha tenido algún problema?

—No. Hasta hora todo bien. No puedo quejar.

Se notaba un poco triste.

—¿Está bien? —pregunte.

—...

—¿Alo?

—Sí, sí, sí. No pasa nada...

—¿Segura?

—...

La verdad es que fue una conversación bastante rara. Se veía compungida. Con querer decir algo atragantado en la garganta a pesar que nuestra relación era de inquilino-casera, no podía evitar no sentirme un poco preocupado por ella. No estaba demás, en especial cuando me recibió y me arrendo la casa sin hacerme preguntas. El ambiente quedo enrarecido. Salí a dar una vuelta.

A fuera de su casa, solo se escuchaba a lo lejos el sonido de los buses que iban a la mina. Quería saber cómo seguía a pesar que solo había pasado una hora. Quería... Me preocupaba. No podía evitarlo. Tal vez algo bueno me quedaba. Tal vez, después de todo no era tan hijo de puta como yo creía. Quede con el puño rozando su puerta, no quise parecer un loco, o parecer alguien con una forma de actuar inapropiada ante ella. Bueno, aunque si ella supiera todo lo inapropiado e incorrecto que he sido hasta ahora, no sé qué pensaría. Cerré la reja delicadeza, y me fui por la vereda del frente.

Otra vez se apareció por la casa, esta vez, fue el viernes. Se veía diferente. Como más alegre, como que se había sacado un peso de encima. Me preguntaba si el domingo pasado se dio cuenta que fui hasta su casa y me quede como los huevones en la puerta. Preferí omitir eso y hacer como que aquí no pasaba nada.

—¡Hola! —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —dije.

—Lo siento por lo del otro día.

—¿Qué cosa?

—Por venir así... Tú entiendes.

—No te preocupes.

Estábamos muy cerca casi a la distancia de darnos un beso esquimal. Esa intimidad que ya ni siquiera recordaba entraba otra vez, la piel de me puso de gallina, ella por suerte no lo noto, la camisa me salvo de pasar una vergüenza. Se escucharon las campanadas de la iglesia. Eso interrumpió nuestro momento o como se le quiera llamar. Quede con la mirada pegada en la puerta hasta que cerró. Fue un cierre de puerta tan lento. El significado que le daba a su lentitud y sus formas risueñas, era solo una: que quería conmigo. Yo tampoco me cerraba a la posibilidad que pasara algo entre ambos, con el único detalle que no quería que se hiciera permanente, ya me bastó con mi antigua vida, para volver a tropezar con la misma piedra.

Fuimos a comer un helado el domingo, salió de la nada ese paseo, yo estaba comprando pan y ella llegó en la misma parada. Nos sonreímos apenas nos vimos, la espere y luego el resto del día fue conocernos. Intente omitir la mayor cantidad de detalles de mi vida. Ella parecía que hacía lo mismo, en especial cuando le pregunte por su madre. Cada uno guardaba sus propios secretos. No la podía culpar de eso. Yo me daba por pagado con que no insistiera en saber de mi pasado.

Sonó el timbre. Me tome el tiempo de llegar a la puerta, no quería correr y parecer un desesperado. No pretendía nada con ella. Iba a darse una vuelta todas las semanas y dos cuando tocaba recibir el pago del arriendo y creo que eran estas las veces que más disfrutaba al repetirse el plato de verme. Trajo comida y aproveche de pagarle.

La brisa fresca, me recordaba los viajes a la playa con mis hijas. Por fin un día que se compadeciera de mí, todavía no me podía acostumbrar al clima tan extremo. No sé si algún día podría a decir verdad. Ella otra vez apareció por la casa, hace días que no la veía, tres semanas para ser exacto, no es que la echara de menos, pero ya me estaba acostumbrando a su presencia. A esa compañía de la que creía que no necesitaba.

La veía como una amiga. O eso creía. O eso cree ella. O no lo cree. La verdad desde que soy un hombre nuevo la mayoría de las cosas no las sé. —Me gusta estar contigo —dijo.

La mire antes de responder. Que me dijera eso, no lo esperaba. No quería que se encariñara conmigo. Eso me pasaba por llevármela a la cama. Me dio un cargo de conciencia.

—A mí también —dije.

—¿Tienes hambre? Te preparo algo.

—Bueno, si quieres —dije—. Lo que prefieras.

Se puso de pie y se colocó su short y una de mis camisas que encontró tiradas por el suelo. Yo aproveche de levantarme e ir al baño a mear con urgencia. Siempre que eyaculaba me bajaban las ganas de descargar como si fuera un caballo.

Cerca de su lugar de trabajo, aproveche el día administrativo, me dijo dónde trabajaba. No lo recordaba con exactitud. Di unas vueltas por la zona industrial, pero no la vi. Así que me fui a la casa, total, ya iría ella a darse una vuelta, siempre lo hacía y desde que nos acostamos parecía que no lo dejaría de hacer.

Se vino a vivir conmigo, le pregunte por su madre. De qué pasaría con ella y con esa enfermedad que hasta el día de hoy desconocía y la verdad es que tampoco me interesaba conocer. Pero su actitud era bastante rara, mis preguntas sobre temas puntuales parecían pasar a través de ella sin hacerle la menor cosquilla. Fue extraño para mí, como si fuera un abrir y cerrar de ojos, ella estaba ahí, instalada con sus cosas, ocupando espacios vacíos que durante meses me hacían sentir en libertad. Ahora los invadía y los tomaba bajo su dominio. No quise decir nada por mantener un buen ambiente, porque me gustaba acostarme con ella y porque no tenía ganas de andar discutiendo o poner mala cara por algo que no me parecía.

Ahora vería si volver a vivir con una mujer funcionaba, sino esta vez me

iría yo, antes que me dejaran. No pensaban por ningún motivo volver a convertirme en un fracasado.

Vivir en este pueblecito me cambió, no sé si para mejor, pero ya no me sentía tan hijo de puta y tampoco culpaba a mi ex mujer por dejarme por otro. Como que ya me daba lo mismo. La vida con ella se había convertido en rutina, eso me daba tranquilidad y parecía feliz. Yo no tanto, pero bueno me bastaba con la calma y con saber que no tendría que estar sufriendo por ser abandonado otra vez.

—¿Has pensando en irte de aquí? —preguntó.

—No —dije—. ¿Por qué?

—No, por nada... Es que me haces feliz.

—Tú a mí —dije. Me sentía tan falso al decirlo. Forzado.

No se quería ir. Yo tampoco quería que se fuera de este pueblo. Pero ella estaba dispuesta a hacerlo con tal de seguir juntos. Sus miradas parecían la de una poseída cuando salía a colación el tema de querer irme. Dejaba pasar esos ojos, y olvidarlo y seguir con la vida que tenía acá.

Durante el día no nos veíamos mucho, ella cuando iba al supermercado aprovechaba de saludarme. Le correspondía el gesto con un beso y continuaba con mi trabajo. Siempre llegaba antes a la casa. Me gustaba ser recibido por alguien que realmente me quería esperar y me preparaba algo rico para comer. No lo podía negar.

—Oye, no te he pagado el mes pasado —dije.

Me miró sin inmutarse y luego de golpe cambió a una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—Cariñito no te preocupes a mi madre ya no le importa eso.

—... ¿Segura? —pregunte—. No me gusta andar debiéndole a nadie.

—De verdad. No le importa. Mejor sigamos comiendo.

No quería ser el tipo que causara un conflicto entre madre e hija. Así que espere hasta que ella saliera al trabajo. Llame al mío y dije que me tendría que ausentar porque un familiar se había muerto. Junte la plata del arriendo del mes y fui a la casa de ella, que ahora solo era de su madre. Me preocupaba que la señora estuviera enojada conmigo por no haberle pagado el mes pasado y porque se su hija se fuera a vivir conmigo. Tampoco sacaba mucho con preocuparme por ese segundo hecho, si ni siquiera nos conocíamos. Fui hasta su casa, todo el lugar se veía abandonado, estaba tal cual primera vez que lo visite. Me asome por unas ventanas, pero conforme con eso entré por el patio, todo el jardín estaba seco, se notaba que hace meses nadie lo cuidaba. Seguí hasta la puerta trasera y entré a la cocina, no se veía a nadie. Di unos gritos para avisar que estaba, no quería asustar a nadie y que me tomaran por un ladrón. Nada. Seguí por el pasillo hasta la pieza del fondo. Volví a gritar, pero nada. Corrí la puerta entre abierta y lo primero que vi fue un grupo de moscas y larvas.

O.R.

Tuvo otro sueño. Uno terrible de sus tiempos en Isla Dawson. Sentía el frío del Estrecho de Magallanes correr por las venas. Esos años en los que proliferaba la desesperanza, parecían lejanos, pero cada cierto tiempo regresaban a su memoria a torturarlo. O.R. quieto en su cama. Un colchón

que sonaba con cada movimiento que hacía para acomodarse. Logró conciliar el sueño. Despertó salivando. Le emputecía que le pasara eso. Dejar babeada la cama. Era como el maldito perro de Pavlov. Solo que salivar no le pasaba por estar condicionado como un animal más. Habría sido el menor de sus males. Miró en la oscuridad el techo de la vieja casa que había comprado apenas llegó al pueblo y que nunca arregló. Tenía hambre. Cinco de la mañana. No le quedaban muchas cosas para comer además de un pan amasado y el pedazo de queso de cabra de hace una semana que siempre que abría el refrigerador se veía en buen estado. Se levantó a mitad de la madrugada y fue a preparar café. No había manera que regresara a dormir. Buscó los zapatos, al final no los encontró y en calcetines camino hasta la cocina. El refrigerador comenzaba a fallar, podía oír como el congelador comenzaba ahogarse en incontables cortes de electricidad. Sacó la comida. Buscó la panera y se sentó a la mesa a esperar que se calentara el agua. Jugaba con algunas de las migas que dejó el pan que acababa de preparar. Recordaba sus primeros días en una bodega que usaban de celda. Metidos en el culo del mundo sin que nadie los ayudase. Un montón de espectros. Desconocidos con barbas largas y desastrosas. Maldecía su suerte por estar ahí. En silencio. Apretando los dientes. En la ropa tenían un parche con las iniciales de cada uno en negro: «O.R.». Vagaban sin rumbo a sus alrededores veían las miles de cruces. Un cementerio repleto. No eran los primeros en ser condenados a esa isla. Repleta de selkman muertos. Y ellos serían los siguientes si no buscaban una salida. Los altavoces los llamaban a ponerse en fila para comenzar los trabajos forzados. Hoy morirían unos cuantos por el frío. Menos calor humano, pero más espacio. Esa gente que estaba a su lado picando roca, nunca fue hecha para esa vida.

O.R. estuvo en el momento y lugar equivocado y ser confundido con un concejal de la unidad popular. Contra eso no podía hacer nada. A punta de fusil fue llevado primero al estadio nacional. Luego lo subieron a un avión en dirección al sur más austral. Y ahora estaba picando roca. Apenas llevaba un mes y ya no lo soportaba. Caminaban en fila hacia el galpón. Rodeados por una alambrada que se sostenía apenas a causa de la inclemencia del clima. Si alguno de ellos fue combativo, eso, ya era pasado. Ahora eran trozos de carne y hueso. Con cada día que pasaban eran más hueso que carne. Dormían todos acurrucados para soportar el frío Magallánico. Con la ropa hecha harapos. Hecha mierda. Nadie lo extrañaría. No tenía familia su madre con su padrastro en Argentina. Su media hermana viviendo en el campo con un cuñado que con suerte vio una vez en su vida. Una vez que dejaba de pensar en su familia.

Imaginaba cómo cada molécula de su cuerpo luchaba por sobrevivir mientras que él en posición fetal con las manos cruzadas dentro de una chaqueta vieja intentaba calentarse. Y de fondo el feroz aullido del viento austral, diciéndoles a todos que no sobrevivirían. El agua caliente estaba lista. La vertía en la taza de cerámica. El torrente llenó y el polvo de la taza ahora era un líquido marrón oscuro.

Sentado en la mesa con un mantel de plástico azul con flores rojas. Pensaba en su intento por querer escapar. Algunas veces eran más

recurrentes los de escapar nadando hacia la Patagonia Argentina. Luego recordó los naufragios que vio al llegar y el mar como picaba prácticamente todo el tiempo. Era imposible. Más fácil era salir de Alcatraz. En el punto más extremo estaba Porvenir y luego seguía Punta Arenas.

Primero fue un chorro largo y potente. Su glande se esforzaba en expulsar todo el líquido. Lo notaba por sus venitas que en la puntita se notaban más azules. Sujetado con una mano, flácido y desahogado. No extrañaba su don o maldición o lo que fuera. Sin embargo, extrañaba tener una erección normal como todos los hombres sin necesidad de estar condicionado. Sin necesidad de una bomba al lado. Y apareció en su cabeza la imagen de ese hombre que lo eligió a él como el supuesto salvador de vidas en guerra. De guerras que nunca existieron.

—No te preocupes salvaras vidas —dijo Manalich.

Esas palabras resonaban en su cabeza. Salvar vidas. Nunca lo hizo. Solo fue un experimento más que sufría erecciones incontrolables. No sabía lo que le esperaba cuando vio llegar esa comitiva. Bajándose del jeep, primero a un hombre gordo y más bajo que todos en esa isla en el culo del mundo. Por qué ahí. ¿Qué querían con ellos? Los colocaron en fila para dar la bienvenida. Los militares con el fusil listo para disparar a la menor provocación. Miraban en perfecto orden detrás de la reja. El doctor y los demás hombres de la comitiva con sus sobretodos protegiéndolos del frío austral.

Era una causa perdida. Eso fue lo que escuchó de los superiores del doctor. Pero la firmeza con la que defendió sus proyectos científicos que parecían ser los de un loco, pudo más. Cada compañero que tuvo en esa garita construida para probar nuevos instrumentos de guerra o crear nuevos. Tuvo suerte de caerle en gracia al doctor y de tener el miembro más grande del grupo. Manalich tenía su propio experimento personal. Le sonrió y le dijo que todo mejoraría para él, pero debía hacer todo lo que él le decía. Cuando los eligió dio vueltas por el galpón más grande. Durante la primera semana los observaba al despertarse y luego al acostarse. Continuó con sus observaciones a la hora de que tenían que trabajar en el campo picando piedra. O.R. fue el segundo elegido. Cuando se lo llevaron fue antes del amanecer. Su primera reacción fue que era su hora y moriría. No lucho. Se dejó llevar por dos soldados hasta pasar por el umbral de la puerta de metal oxidado.

El doctor Manalich lo había convertido en un arma. No sabía cómo parar eso. ¿Cómo controlarlo? Su única alternativa fue buscar un lugar dónde no lo conocieran y tampoco existieran armas que lo activaran. Ya estaba acostumbrado a que aparecieran de la nada recuerdos que parecían enterrados hace décadas. No se explicaba como otros que fueron torturados o en peores condiciones que él. Si es que podían ser peores, continuaban conciliando el sueño. El pan ya no estaba. El café a medias se había enfriado. Se levantó y llenó la taza con el agua que aún permanecía tibia.

Los experimentos de condicionamiento de Pavlov en la isla lo salvaron de estar con la población común de detenidos, pero a cambio tuvo que pasar

largas jornadas con el doctor Manalich. El primer día solo fueron preguntas y algunas pruebas psicológicas. Las respondía de inmediato por miedo a ser torturado. El doctor parecía complacido con su segundo conejillo de indias. A los otros dos nunca los vio estaban en habitaciones separadas. Nunca preguntó que le hacían al resto. Tampoco escuchó gritos. Salvo el bramido del viento magallánico que azotaba las paredes de latón del laboratorio improvisado. Siempre que lo iba a visitar llegaba con un libro. El mismo de siempre. Le tocaba ser revisado. Quería estudiar su condición física. Cuando le tocó bajarse los pantalones Manalich aprobó el porte y lo dejó solo. En ese momento no sabía que mañana comenzarían a experimentar con él. Tampoco olvidó los libros que leía el doctor en inglés. En un momento de los experimentos le preguntó cómo se llamaba uno de los libros el doctor lo miró y le sonrió:

—*El arco iris de gravedad.*

Hasta ese momento nunca supo de qué se trataba hasta que lo encontró en una librería y lo compró. Aún no lo leía y llevaban diez años sin tocarlo. Algo de eso podía causarle una brecha en su pasado. Ser el elemento que lo lanzase a una vorágine de destrucción como a muchos torturados. Muchas veces pensó en tirarlo. En quemarlo. A veces ideas pasaban por su cabeza, pero luego cambiaba de parecer porque hacer eso era lo mismo que hicieron sus captores.

Combarbalá era un hervidero todo el verano. A pesar de eso el lugar le confortaba y le ayudaba a llevar una vida mejor. Por esa y otras razones más la había elegido. En el piso del living-comedor se paseaba un alacrán no alcanzó a matarlo se metió por un orificio de la pared de adobe. Sacó la llave como un acto reflejo. Nadie robaba en el barrio y estaba casi seguro que en el pueblo tampoco. Salió a comprar pan y queso de cabra. Vivía de comerlos. Disfrutaba el sabor seco y el aroma del pan recién hecho en un horno de greda de la panadería. Saludo a las gemelas del frente. Fueron las primeras mujeres en darle la bienvenida cuando llegó. Las calles llenas de tierra por causa del viento. A lo lejos escuchó un camión pasar. Camino hasta el centro. En la plaza no se veía ningún alma. El sol pegaba con todas sus fuerzas a las diez de la mañana. La gente estaba comprando en los alrededores. Un par de perros lo olfatearon. Los miró. Lo miraron. Cada uno continuó con su vida. Un organillero cruzó con su carrito. Se estaba preparando para recibir a los niños de vacaciones y a sus muchas madres sin padres. Se le antojo un churrasco. Sacó la cuenta y hace dos meses que no comía uno. La última comida alta en grasa y sabrosa fue un as que preparó en la casa. Suspiró. Intentaba mirar a las copas de los árboles de la plaza, imposible. Desde su ángulo no se podía. A veces quería contarle a alguien lo que le había pasado. No tenía con quien hablar. Esos tiempos en el culo del mundo entre encierros y experimentos. Después esa idea desapareció. Nadie le creería. Incluso más que eso. Lo tratarían como un ser obscuro y sin moral. Nadie sabía que fue un preso político. Regresó a la casa. La salamandra llevaba dos semanas sin usarse. La leña se seguía apilando a un costado. Faltaba para el invierno, pero la usaba igual a veces con solo recordar el frío que tuvo que padecer en el pasado provocaba que la encendiera. Se frotaba las

manos cuando la veía. Un acto ya involuntario. Ante ella era un autómeta. El doctor no fue el único que lo condicionó. El frío austral fue el otro. Fue el primero.

Debía ir a la caja de compensación a buscar su cheque de la pensión que le daba el Estado, plata que lo mantenía con la cabeza fuera del agua. Por sobrevivir a ese reality extremo primero en el sur, luego en el norte. No sabía si eso significaba sentirse afortunado, pero no se quejaba. Dejar de trabajar y vivir el resto de sus días en paz para un hombre de sesenta años era más que suficiente. Con una tajada de su cheque iría a comprar flores para llevarlas al cementerio. Todos los meses iba a dejar flores a la tumba de su amigo. Al único que hizo en Pisagua. Prefería pensar que vivía, así cuando iba, podía conversarle sentado al lado de la lápida. Murió en un accidente minero en uno de los piques de la zona. Cuando lo vio de nuevo fue en la capital. No volvieron a perder el contacto. Siempre le dijo que se viniera con él y que no se quedara vagando en la ciudad. Que no tenía nada para estar ahí mendigando oportunidades y sueldos de hambre a gente que no lo contrataría por miedo a su historial personal. Lo pensó mucho y con en su terquedad se quiso quedar. Todavía tenía esperanzas que encontraría un trabajo decente.

Vago durante meses. De casa en casa. Conocidos. Viejos que fueron amigos de sus padres. Gente que estaba igual o peor que él. No importaba le bastaba con tener un techo para pasar la noche. Buscó su casa, pero ya no existía. Ahora era un sitio vacío que de a poco se fue cubriendo de hiervas. No lo lamentó. Nunca fue apegado a esa pequeña casa. Más parecida a una choza. El primer trabajo que consiguió fue en la Vega cargando hortalizas. De un lado a otro. Doce horas diarias por unos pocos pesos. Lo único bueno de este primer trabajo era que el desayuno y el almuerzo eran gratis. Y a veces se podía llevar las frutas y verduras que tenían algún desperfecto. Así estuvo todo un año.

Lo cambió por uno de jornalero. Conoció al capataz, se hicieron amigos. Este lo dejó a cargo de un grupo de trabajo en principio. Hasta convertirse en su mano derecha. El jefe consiguió un trabajo para expandir la línea 1 del metro. Ese fue el negocio del año. Y con eso O.R. aseguró trabajo por tres años en los que comenzó a ahorrar. Quería estar tranquilo y para eso necesitaba una casa dónde vivir. Dónde, ya era otra historia. Lo vería con el tiempo. Con el terremoto del 85 cambio de rubro. Decidió dejar a su jefe. El hombre se sentía decepcionado. Un joven que era su mano derecha. Intentó retenerlo, pero O.R. le dijo que se quería ir al norte a probar suerte. El cansancio lo abordo cuando preparaba una taza de té y un pan como única comida antes de irse a dormir. Golpearon la puerta. No esperaba a nadie. No podían ser sus vecinos ninguno molestaba cuando el sol se ocultaba. No esperaba a nadie. Dejó al termo encendido y se dirigió a la puerta.

—Necesitamos su ayuda —dijo un hombre uniformado.

Viajaba en un jeep militar al norte. Imaginaba que lo llevaría a un lugar olvidado y sin derecho a nada. A lo Guantánamo, pero esa idea desapareció pronto. Los tiempos de desaparecer gente hace mucho habían pasado. No quería volver a pisar Pisagua. Luego de la isla fue trasladado

al otro extremo. No sabía que era peor si el frío extremo o el calor extremo. Esos traslados eran como jugar una ruleta rusa. Podías caer en un centro de detención y ser torturado hasta el cansancio o caer en otro campo de prisioneros y morir por causa del trabajo forzado. Nadie le dijo nada. Solo sabía que iría hasta Arica. Todo lo que vio no se parecía en nada a lo que O.R. recordaba. Estaba inquieto por los recuerdos. Solo eso. Ahora su vida no corría riesgo.

El viaje hasta Iquique en un vuelo económico con gente que iba a trabajar a las mineras le incomodaba un poco. No le gustaba estar rodeado de mucha gente. Se sentía ansioso. Ni siquiera se le quito una vez que se subió al jeep que lo esperaba. Nadie hablaba con él. Ni siquiera lo miraban de reojo para saber cómo estaba. Simplemente eran hombres que cumplían órdenes. Como no iba a saberlo. No los miró mucho. No por miedo, tampoco porque le podrían decir algo. Estaban entrenados y aguantarían estoicamente cualquier mirada o molestia, sino que lo dejó de hacer porque era perder el tiempo esperar que hicieran algo que alterara su disciplina.

Llegaron durante la madrugada a Arica. Vio alumbrado el morro. Lo esperaban tres hombres más. En la puerta del hotel. En una posición recta mirando al frente. Solemne. En la recepción había un hombre de rasgos indígenas. Observo al nuevo cliente que con un bolso verde en el suelo. Estaba parado frente a los uniformados. Bajó la vista y la concentró en la pantalla del computador. Otro hombre le entregó las llaves. Quería dormir. No podría hasta que el hombre que se imponía entre los demás hablara con él. Lo invitó a sentarse en unos sillones verde oliva con la base hundida. No tenía más opción y lo siguió.

—Señor... —dijo el uniformado.

—¿Para qué me quieren aquí? —preguntó O.R.

—Necesitamos su ayuda —dijo el uniformado.

—Todavía no entiendo para que quieren la ayuda de un huevón que vive en un pueblo perdido —dijo O.R. El militar tragó saliva.

—El doctor Manalich... —dijo el uniformado—. Te salvo la vida.

Esa frase lo dejó helado. Sabía sobre los experimentos. No sacaba nada con negarlo.

—... Me convirtió en esta cosa —dijo O.R. —. Si esto es salvar la vida... No lo sé.

—Eran otros tiempos. Nos preparábamos para una guerra con Argentina

—dijo el uniformado—. Debíamos echar mano a todos los recursos disponibles.

—Lo que sea —dijo O.R. arqueando una ceja.

—Lo necesitamos, señor.

Desde el ventanal del pasillo pudo ver el morro iluminado en todo su esplendor. La única vez que lo vio fue afuera de una tienda Kodak en el centro de la capital. Una foto que estaba desteñida por el sol. El militar lo dejó en paz ya tendría tiempo para volver hablar.

—Por ahora se quedará aquí —dijo el uniformado.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó O.R.

—No lo sabemos. Tal vez mañana lo sabremos.

—Sabe... Ahora quiero dormir
—Sí... Es mejor que descansa, señor
—Hasta mañana.
—Hasta luego, señor.

Al día siguiente lo fueron a buscar a las nueve de la mañana. El viaje todavía hacía mella en su cuerpo. Se duchó y vistió rápido. Luego pasó al casino, pero era demasiado temprano para el servicio de desayuno. Dudaba que él fuera quien se levantó demasiado tarde. Un militar le dijo que en el regimiento podría desayunar. Que no se preocupara. No respondió. Lo siguió hasta el jeep, y le abrió la puerta. Demasiada amabilidad le incomodaba. Preguntó a dónde lo llevarían. El militar que iba de copiloto se volteó y le dijo que irían al Regimiento Reforzado N°4 <<Rancagua>>.

El teniente que lo recibió le habló sobre el proyecto secreto en el que fue utilizado y le dijo que sabían que al final si había funcionado. Arqueo una ceja. Porque se suponía que todo el experimento estaba declarado como un rotundo fracaso. En la única explicación que podía pensar, era por pasado en Pisagua. A pesar que por orden del capitán en esa época dictaminó que nadie hablara de esto. Tal vez alguno de los soldados se le soltó la lengua y eso cayó en los oídos de un superior, pero entonces porque no lo buscaron antes. Si sabían la verdad; esperaba que alguien le aclarara la situación. En un edificio color gris esperaba en un pasillo iluminado por una hilera de luces que le molestaba por el zumbido que hacían.

Apareció un coronel. El apellido era Maguel. No lo pudo asociar con nadie. El hombre lo trató con mucha amabilidad. Incluso lo sentía familiar a ratos. Lo siguió por la explanada hasta unos galpones. Mantenía el paso militar. Observaba todo y se sentía raro estar en lugar lleno de militares.

—Necesitamos que haga una prueba —dijo Maguel.

—¿Prueba? —preguntó O.R.

—Sígame —dijo el coronel.

Un grupo se colocó en formación al ver a su superior. Se comenzaron a escuchar murmullos en las filas. No entendían porque un civil estaba ahí.
—¡Descansen! —ordenó el coronel. Toda la fila se puso en posición de descanso.

O.R. aún no entendía porque estaba ahí. Trajeron tres cajas de madera. El coronel le pidió que se acercara. A medida que lo hacía sintió una pérdida de control en su cuerpo. Se detuvo antes que fuera tarde. El uniformado le suplicó que se acercara más y le indicara en cuál estaba en la mina antipersonal. Dudo. Lo pensó. Primero se movió con cautela. Se acercó. No podía controlar sus erecciones. Sentía de cerca el mental y el explosivo. Las manos le temblaban. Todo su cuerpo vibraba. Los pelos de los brazos se pusieron en punta. Sentía como la sangre avanzaba. La presión del pantalón se hizo notar. Tuvo un tirón el calzoncillo lo apretaba con más fuerza. Se agarró con las dos manos el miembro. Los presentes no pudieron contener las risas. Bastó una mirada del coronel para reestablecer el orden de inmediato entre sus soldados. Hace años que no pasaba por esto. Volver a sentirlo lo estreso y provocó ansiedad. Con la

mano indicó la tercera caja. El coronel ordenó que levantaran la tercera caja de madera. Nadie lo podía creer. Para asegurarse que realmente funcionaba y no se trataba de suerte. Debió hacerlo tres veces más. Luego de eso no cabía duda que era un detector humano de explosivos. Le dieron un día de descanso. Lo pasó encerrado en su habitación. Solo bajó para desayunar y almorzar. Estar ahí mostrándole a todos los que era capaz de hacer. No quería prestarse para esto.

Los militares al principio cuando lo pusieron en medio del desierto para que hiciera su magia. La mayoría pensó que era una estupidez se comenzaron a reír. Verlo con los pantalones abajo en medio de la chusca con el pene erecto como si fuera una rama india buscando agua. Solo los que habían estado en la prueba no murmuraban. Guardaban absoluto silencio. El único que silbaba era el viento altiplánico. Los detectores de metales se mantenían apagados. Nunca había estado tan cerca de una frontera. Ver a Bolivia, tenerlo a menos de tres kilómetros de distancia. Se sentía conmovido por el paisaje. El coronel le indicó por el lado este se suponía que estaba la mayoría. Camino despacio guiándose solo por su pene que se mantenía firme buscando. El prepucio se le hinchaba, luego le goteaba. Se detuvo y con la mano en alto llamó para que la vinieran a desactivar. Nadie lo podía creer. La mina estaba en el lugar exacto que su pene apuntaba. Llevaron a un perro a comprobar; era el lugar. Los artificieros se acercaron y comenzaron a escavar con mucho cuidado. Así estuvieron todo el día los artificieros detrás de O.R. en fila india; mina tras mina. El coronel que lo acompañaba fue el único que no dijo nada. Ni siquiera una mueca. O.R. Sentía que lo conocía de alguna parte, pero no lo podía recordar. La jornada terminó y dio la orden para bajar a Putre. Se quedaría pensando a quien le recordaba el coronel. Seguía sin saber de dónde le parecía conocido.

Cinco días arriba lo tenían reventado. Si no fuera por el té de coca que le daban cada mañana ya ni siquiera hubiera regresado. Por la tarde bajó y se fue a la plaza Colón. Dio una vuelta y se sintió vivo. Se llenaba los pulmones de aire con olor a pescado. Le gustaba. Compró un diario local. Dio otra vuelta, encontró un puesto tenía en pequeñas bolsas de plástico transparente con unos dulces de un color dorado con una capaz de azúcar cristalizada en perfectos cuadrados. O.R. los observaba con curiosidad. Supuso que era algo similar al turrón.

—Es chumbeque, señor —dijo la vendedora.

—¿Chumbeque? —preguntó.

—Dulce, señor —dijo—. Dulce del norte.

Luego camino hasta la playa la Lisera. Dormir toda la mañana le hizo bien. La gente ya estaba regresando a sus casas. Vio un par de perros pasear y a algunas parejas de la mano esperando el ocaso. Le dieron ganas de fumar. No le dio más vuelta y se fue. La recepcionista le preguntó si necesitaba algo. Le extrañaba que lo hiciera. De seguro sabía que los militares le pagaban la estadía. Le dijo que todo estaba bien. Que en caso de necesitar algo le avisaría. Se comenzó a sentir mal. Le pidió algo para el dolor de estómago. La mujer le dijo que le enviaría una infusión para el dolor.

Dio un paseo por la costanera. Hace tiempo que no sentía el viento golpeándole en la cara. La sensación de libertad parecía que ya la había olvidado. No se parecía en nada al aullido del viento del sur. Esta vez no comió chumbeque, tampoco fue a la playa. Comió en el mercado local. Dio otra vuelta por el centro y se sintió feliz.

Lo llamaron a la recepción. Suspiró. Dijo que bajaría de inmediato. Se mojó la cara en el baño, se miró en el espejo las canas y las arrugas se estaban asomando de forma alarmante. Al bajar se encontró con la recepcionista que apuntaba con una mano hacia el visitante. Fue hasta el pasillo que llevaba al casino. Lo esperaba otro hombre. Miró a la entrada había dos hombres trajeados haciendo guardia. Quien los esperaba también estaba de traje.

—Buenas noches, señor —dijo el oficial.

—... Buenas noches.

—¿Mucho trabajo en el altiplano?

—Un poco. Pero ya me estoy acostumbrando — dijo O.R.

—El doctor siempre fue un fanático de las novelas gringas —dijo el oficial.

—¿Militar? —preguntó O.R.

—General de Brigada Ramón Martínez —dijo—. ¿Espero que este cómodo?

—... Si. Está bien este lugar. No me puedo quejar —dijo O.R.

—Señor... Le damos las gracias por sus servicios.

—Ustedes me trajeron no sé para qué me agradecen no quería estar aquí.

—Ya sé que vino por otra razón, pero gracias de todas formas, señor.

Las palabras del oficial le hicieron recordar cosas. Cosas que no quería, pero sabía que tarde o temprano tendría que poner la cara. Por el bien de su propia salud mental.

Otra vez en la frontera con Bolivia, en el camino le dijeron que tenían que desactivar 26.000 minas antipersonales antes del 2020 para cumplir con el tratado de Otawa. Necesitaban su ayuda o por lo menos que lo intentara. Por fin logro recordar al coronel. En ese tiempo ni siquiera era militar, sino el hijo de un capitán del campo de Pisagua antes de quedar libre paso cinco años encerrado en ese otro infierno. El trabajo forzado era terrible, pero ya no tenía que padecer el frío perpetuo del sur y morir congelado. A veces le tocaba limpiar las letrinas y lo agradecía. Ese trabajo le daba un respiro de picar piedras en medio del desierto. Esos recuerdos le evocaban el camino al regimiento y luego a la frontera y lo mismo de vuelta. Aunque los prefería a continuar recordando los experimentos del doctor Manalich.

Se quedó dormido en el jeep. Necesitaba una cama urgentemente.

Todavía no se acostumbraba a trabajar buscando minas en altura. Maguel no dijo nada, lo dejó tranquilo. Le había salvado la vida. Ese coronel era el niño, se había metido a un campo minado que se cubrió para evitar que los presos se escaparan y el junto a otros presos políticos estaban limpiando los alrededores. Los guardias más preocupados de los presos. No vieron que el hijo de su capitán se había arrancado al campo minado. Nadie se atrevía a pasar. Por un milagro el niño no piso ninguna hasta llegar al centro. No tenía idea en el peligro en que se encontraba. El silencio. Luego los gritos de la mujer del capitán y después las órdenes del

capitán para que cerraran el perímetro. Los presos desde lejos veían el espectáculo. Era el hijo de un milico, pero no por eso le deseaban mal. Ese niño no tenía la culpa que su padre trabajara para los golpistas, ni siquiera lo sabía.

Se metió al campo minado. Ante lo sorprendente de la imagen nadie sabía qué hacer. Ni siquiera alzaron las armas por miedo a que la bala lo matara y callera sobre una de las minas y provocar a una reacción en cadena y terminara por matar al niño. Su cuerpo comenzó a reaccionar con intensidad. Todo su cuerpo elevó la temperatura. Su piel se puso de gallina y sintió un subidón de energía. Sabía dónde estaba cada una. Su miembro intentando salir de un pantalón hecho tiras y cubierto de tierra. La tensión se respiraba en el aire. Ni siquiera la madre gritaba por miedo a que el ruido activara una mina. Llegó hasta el niño y lo tomó en brazos... Ya estaban en Putre.

Los militares le enseñaron a desactivarlas. Le explicaron los tipos de minas, escuchó con atención. Ahora sabía que existían las: MON-50 soviéticas, M18 Claymore, Valmara 69, y así con una lista que parecía interminable. Hasta ese momento él solo era una máquina, que se suponía fallida. En cambio ahora podía ser un salvador. Haría algo por la gente a pesar que nunca lo sabrían. Porque nadie creería que usaba el pene para detectar armamento oculto. Le colocaron los materiales sobre la mesa de metal y los observo mientras comía un pan con arrollado huaso y tomaba un vaso de Fanta. Estuvo toda la tarde abriendo con un pequeño destornillador las tapas, moviendo cables, cortando el indicado. Separando el explosivo con cuidado. Lo convirtió en un proceso completamente mecánico.

Iban de camino a la frontera con Perú. Agradecía no tener que subir otra vez al altiplano. Según la información que le dieron al hito 11 al sur de la Quebrada escritos. Sacó la cuenta llevaba tres semanas en el norte. Extrañaba un poco su casa, pero no se podía quejar le pagaban bien y lo trataban con respeto en el regimiento. Nunca antes se había sentido orgulloso de algo que durante décadas considero una maldición de un dios bromista. Maguel se dio vuelta y comenzó hablar:

—El doctor Manalich, era un loco —dijo el coronel—. Mi padre siempre lo vio así. Tuvo suerte de ser trasladado, quizá en que iba a terminar todo. Después de usted a los otros candidatos al parecer no les fue muy bien.

—¿Su padre? —preguntó O.R.

—Está jubilado. Siempre lo recuerda —dijo el coronel.

—Si no fuera por él no habría sobrevivido tanto tiempo hasta salir.

—Mi padre siempre estará agradecido por lo que hizo.

—¿Por qué no lleva el apellido de su padre?

—Es una larga historia —dijo el coronel—. Todo lo que hace está bajo llave. Así que nadie lo va a molestar. Aunque la verdad, si dijera algo dudo que le creyeran.

Esta especie de superpoder. Uno tan raro que ni siquiera en los comic había aparecido. Durante años lo atormento, evitaba estar cerca de cualquier tipo de arma. Se suponía que había sido condicionado para detectar bombas, y salvar las vidas de los militares y así ayudar a ganar

guerras. Ahora tenía un propósito loable. Salvar la vida de gente que como él no tenían dónde caerse muertos.

Una periodista comenzó a buscarlo. No era muy guapa. Como hombre no podía evitar fijarse en el físico primero. Trabajaba para un diario local, quería saber porque trabajaba para los militares. Le extrañaba que un detenido por la dictadura trabajara con ellos. La mujer a falta de otra noticia que no fuera local, esperaba en los hoteles para ver si se encontraba con alguien famoso o algún político, algo que le valiera una noticia inédita e importante para destacar y trabajar en otro diario. De preferencia uno de circulación nacional. Lo interceptó cuando salía a dar su vuelta por la ciudad.

—¿Por qué trabaja con los militares? —preguntó con la grabadora en la mano.

—... —No estaba acostumbrado a que lo abordaran así. El tiempo que llevaba en Arica era tan apacible. Pero ella vino a revolver el agua.

—Señor... ¿Qué es lo que tiene que ver lo con los militares?

—No moleste, señorita —dijo O.R.

—Por favor, dígame qué es lo que sucede.

—Déjeme en paz.

—Solo dígame que es lo que hace y me voy.

—¿Cómo sabe que fui un preso político?

—Por favor. Solo dígame que hace con los militares —suplico la periodista.

—Detecto bombas con el pene.

—¿Perdón? ¿Cómo?

No entendía que pasaba. Le veía la cara a su entrevistado y estaba serio. Ella apagó la grabadora y la guardó. No sabía cómo reaccionar a eso. Que consideraba una broma. Le entregó una tarjeta y se despidió.

La conoció gracias a la periodista. La tarjetita sobre el velador durante días quieta esperando su momento hasta que O.R. no pudo aguantar las ganas de contarle a alguien su historia. Necesitaba su desahogo. Además nadie le creería a la mujer. A pesar que los militares le advirtieron que no podía revelar ninguna información. Ella hacía el aseo en el periódico, pero además en la casa de la periodista. En la casa no pudo dejar de observarla. O.R. quedó prendido de aquella mujer que barría en silencio y con mirada cabizbaja. Unos ojos negros que no pudo olvidar.

No sabía que hacer luego en su día libre. Le preguntó a la recepcionista dónde podía ir. Ella le dijo fuera al museo Arqueológico de San Miguel de Azapa para conocer a las momias de chinchorro. Más antiguas que las de Egipto. La llamó y la invitó. Alwa aceptó de inmediato la fue a buscar al periódico. Se sonrieron y se fueron en silencio intentando hilar alguna conversación. Con la luna llena de fondo. En la playa chinchorro buscaron un lugar dónde comer. Así estuvieron varios días. Periódico-Playa-comida. Sacó la cuenta llevaban un mes y medio saliendo. Ahora era un hombre enamorado de una aimara. Una nativa que le quitaba el sueño y no se reía de lo que le hicieron. Por primera vez en su vida pensaba en crear algo con alguien sin miedo a ser juzgado.

Estaba muy nervioso. No sabía que ponerse. Había comprado algo de ropa en Tacna, pero no sabía si las poleras y jeans eran la mejor opción para

recibirla. Le quedaban sus viejas camisas. Usó la estaba en mejor condición, salvo por el bolsillo deshilachado. No sabía cuánto duraría así que puso una mina antipersonal debajo de la cama para poder culear toda la noche. La armó de acuerdo a las indicaciones de los militares a pesar que dejó uno de los cables desactivados aún era un arma peligrosa. No se podía confiar. La metió al fondo e hizo el gesto de persignarse. Apareció una estupenda erección en cuestión de segundos. El pantalón se le apretaba mucho al momento de ir abrir la puerta.

—Perdón por llamarte y querer venir a verte —dijo ella.

—No... No te preocupes. Pasa. Pasa —dijo él.

—Gracias.

—¿Quieres algo para tomar?

—No. No, gracias. Estoy bien así —sonrió.

Ella se sentó en la cama mientras sacaba una botella del frigo bar. Los dos estaban nerviosos. Desentrenados para citas nocturnas. Sentados en la cama en silencio. Luego hablando de cualquier cosa que sirviera para evitar el silencio que los acechaba. Por otra parte el pene estaba a punto de rajarse el jeans quería liberarse de su prisión de tela. Sus manos se acercaron hasta rozarse los dedos. No necesitaban esperar más.

Alwa lo sujetaba con fuerza mientras él se montaba encima. Ella chillaba y el colchón crujía. Tuvo cuidado de no hacerle ningún daño. Bajó el ritmo. Eso fue un acierto. Estuvieron así durante una hora y media. Alwa ya no daba más, su pequeña figura menuda de piel trigueña sudaba profusamente. No le importaba estaba feliz. O.R. se quedó mirando al techo como lo hacía en su casa de Combarbala. Ahora debía hacer algo con la erección antes que el dolor comenzara a invadirlo. Esperó a que se durmiera. Le corrió un brazo con delicadeza y se puso los calzoncillos y una camisa. Asomó la cabeza bajo el catre y comenzó a buscar su secreto. Por fin le estaba encontrado un sentido a su vida. Echaba de menos su casa de adobe en Combarbala; sin embargo, estar en Arica salvando vidas le reconfortaba. Lo saciaba. Era una sensación que nunca antes había sentido. Desayuno y se subió al vehículo militar. Esperaba en la puerta del hotel. La misma rutina de siempre. La recepcionista ya no reconocía como alguien familiar. Una mujer que por su edad podía ser una hermana nacida como el concho de la familia o una hija recién salida de la universidad. Un mes de trabajo que era bien pagado. Nunca le pusieron peros por lo que hacía. Aunque le contara a alguien nadie le creería que con el pene erecto detectaba minas antipersonales con un 100% de efectividad, salvo que mostrara su don en vivo y en directo ante un público que se sorprendería del porte primero y luego se reirían por decir que era un detector humano. Aunque recordaba que se lo contó a la periodista y la noticia nunca salió en ninguna parte. En el regimiento lo esperaban, hoy no iría a la frontera le dijo Maguel. Camino por el centro de la base. El corazón bombeaba sangre desesperadamente. Lo vio. Lo reconoció de inmediato. Las emociones fueron encontradas. El doctor Malanich, se movía con soltura a pesar de la edad que tenía. Las canas cubrían su cabeza y las arrugas invadían las orillas de sus ojos marrones. En medio de un regimiento ambos hombre se observaron. O.R. no podía

detener el temblor de su mandíbula. El doctor ya era un viejo decadente. A pesar de eso mantenía la misma mirada de ilusión cuando experimento con él, esperando que sus proyectos triunfaran. O.R. era la prueba ineludible que algo resultó bien.

—No pensé que te volvería a ver —dijo Malanich—. Me sorprendí cuando me dijeron que estabas trabajando para el ejército.

—Yo tampoco pensé que trabajaría para los que me tuvieron encerrado —dijo O.R.

—Supe que vivías en un pueblo de la cuarta región.

—No me extraña que supiera. Siempre se creyó dios.

—¡Ja! A veces me creí cuando pensé que podía hacer algo con ustedes en esa isla abandonada a la mano de dios.

—¿Por qué vino? —preguntó O.R.

—Quería verte en acción. Quería ver mi creación haciendo lo que siempre soñé.

De solo tenerlo enfrente sudaba como un chanco. Su presencia de momento le estaba provocando eso. La conversación de tensa pasaba a silencios y luego pasaba a recuerdos: en una silla de metal. Frío. Tenía miedo que la piel se le pegara a la base. A pesar que llevaba la ropa puesta. El viento aullaba con insistencia. Con violencia.

—Comenzaremos con el condicionamiento clásico —dijo Manalich—. Es algo muy sencillo create una conexión entre un nuevo estímulo y algún reflejo.

O.R. lo observaba inquieto.

—Quiero llevar los experimentos de Pavlov a otro nivel —dijo Manalich.

O.R. seguía sin entender lo que hablaba el doctor.

No sé oía ningún grito a su alrededor salvo el viento. Le tomaban el pulso cada cinco minutos. El ritmo aumentaba y bajaba según las secuencias de imágenes que le mostraban. El doctor comenzó a colocar diapositiva de lugares hermosos, cálidos. Continuó con una secuencia de comidas sabrosas, le siguieron las de personas felices. Detuvo el proceso y le dio un descanso a O.R. pasaron quince minutos exacto y continuó con las que le interesaban. Minas antipersonales, pero para que su experimento resultara y estimular al máximo sus sentidos trajo una mina antipersonal desactivada y la colocó debajo de la silla metálica. Dio la orden que lo levantaran y le bajaran el pantalón y calzoncillo. Pensó que lo matarían, pero primero lo torturarían por no servir ni para conejillo de indias.

—Si todo resulta bien te van a liberar —dijo Manalich. Con los ojos puestos en las imágenes. Le bastó escuchar la oferta, oler los componentes y ver las minas. El doctor se dio cuenta que las erecciones no duraban mucho. Lo normal de una relación sexual estándar, pero era un comienzo. Le daba esperanzas. Repitió el proceso durante dos meses en el mismo orden de la primera vez. Al tercer mes cambio el método, pero fue para peor no tuvo ninguna erección. Regresó al método anterior agregando el tacto, incluso le hizo probar algunos componentes no tóxicos. Las erecciones duraron más, pero aun así no era suficiente. Para que funcionara debía mantenerse firme como los estandartes de la Moneda a la hora de cantar el himno nacional. No podía encontrar una

forma de que las erecciones duraran lo suficiente para detectar minas. Tomaba apuntes que no lo llevaban a ninguna parte. O.R. sentía miedo, el fracaso del doctor que era el suyo lo condenaba a permanecer encerrado en la isla, si es que a los militares no les daba por fusilarlo antes.

Un día los militares hartos de no tener resultados que justificaran seguir con los proyectos. Ya que sujeto de pruebas 1 se volvió completamente loco y en un arranque de locura se lanzó al mar a nadar con los pingüinos y murió congelado y el sujeto 3 se pegó un tiro por no soportar las pruebas. Eso fue todo para ambos. Él seguiría picando piedra y el doctor se iría a trabajar en otra área. Ambos hombres no se volvieron a ver, sino hasta años después con el regreso de la democracia.

El viejo se fue y lo dejó solo en la explanada. Antes de irse le dijo una cosa más:

—Piénsalo podrías salvar vidas. Imagínate trabajando para la ONU. Viajando por Bosnia, Camboya o Vietnam desenterrando a la muerte dormida —dijo Manalich.

O.R. solo pensó en algo más y no dudó en preguntárselo:

—¿El libro aún lo tiene?